

## Capítulo 17 – El perdón y la relación santa.

### Introducción

El Capítulo 17, se centra en la relación santa, y se yuxtapone a los Capítulos

15 y 16, que en gran medida se ocuparon de la relación especial. Una frase

de este capítulo, quizás más que cualquier otra, ha sido la base de este libro.

Su contexto es el propósito del sistema de pensamiento del ego, específicamente la relación especial, y por implicación el propósito correctivo del perdón del Espíritu Santo: "En cierto sentido, la relación especial fue la respuesta del ego a la creación del Espíritu Santo, Quien a Su

vez fue la Respuesta de Dios a la separación" (IV.4:1). En su brillante novela de 1928 "Contrapunto", Aldous Huxley yuxtapuso personajes a modo de ilustrar la locura en las costumbres sexuales contemporáneas de

los Ingleses. La teoría de Un Curso de Milagros y nuestro desarrollo de sus

enseñanzas como se ve en el gráfico (ver Apéndice) pueden entenderse

como una serie de puntos-contrapuntos, un juego de ajedrez cósmico en el

que un lado hace un movimiento, seguido del movimiento de contraataque

del otro, y así hasta que el juego termine en el radiante esplendor del mundo

real. Si tituláramos capítulos, este bien podría llamarse "PuntoContrapunto".

Comenzamos con Dios, el Punto original, fuera del cual no hay nada. La diminuta y alocada idea parece surgir como respuesta del ego, un contrapunto de separación de la perfecta unidad de Dios. El principio de

Expiación del Espíritu Santo es la respuesta de que la separación nunca

ocurrió. El ego a su vez responde refutando la Expiación con su estrategia

de dos partes, inventando el loco mundo de culpabilidad de la mente, y

luego proyectando esa locura como el mundo de las relaciones especiales.

El especialismo, por lo tanto, es la piedra angular de la estrategia del ego contra la Expiación, la respuesta del Espíritu Santo a la separación que fue la respuesta a la Unidad del Cielo. El contrapunto del Espíritu Santo al especialismo del ego es la relación santa, contrarrestada aún más por los intentos del ego de hacer que nuestras relaciones santas sean especiales. Su respuesta a estos intentos sutiles es la simple reafirmación de la verdad – la unidad reflejada del Cielo – de la relación santa. Nuestra aceptación final de esta verdad marca el comienzo del mundo real que nos guía de vuelta a Dios, el Punto que nunca dejamos.

El concepto de punto-contrapunto nos ayuda a ver el propósito del ego para nuestro estar aquí, así como a entender la respuesta de Un Curso de Milagros que nos devuelve a la elección equivocada de la mente en favor del ego que es la raíz del problema. Comenzamos con pasajes de "Los dos cuadros", uno de los cuales contiene la oración significativa anterior. (IV.2:7) Cada relación especial que has entablado es un sustituto de la Voluntad de Dios y glorifica tu voluntad en vez de la Suya debido a la ilusión de que son diferentes.

El propósito de la relación especial es ser un sustituto de Dios, Cuya Voluntad es la perfecta unidad en la que no hay diferencias. La relación especial afirma todo lo contrario, siendo la expresión de diferencias especiales entre los miembros separados de la Filiación (aquellos a quienes odiamos y aquellos que parecemos amar) los cuales son sombras fragmentarias de la diferencia ontológica que percibimos por primera vez entre nuestra voluntad y la de nuestro Creador.

(IV.3:1-3) Has entablado relaciones muy reales incluso en este mundo. Sin embargo, no las reconoces porque has hecho que sus sustitutos

predominen de tal manera que, cuando la verdad te llama – como constantemente lo hace – contestas con un sustituto. Cada relación especial que ha hecho tiene, como objetivo fundamental, el objetivo de ocupar su mente tan completamente que no se oye la llamada de la verdad.

La relación especial, el sustituto, tiene como objetivo silenciar la Voz del

Espíritu Santo que nos llama a aceptar el mensaje de Expiación de que la

separación nunca ocurrió: la Unidad perfecta sigue siendo Una, indivisa e

indiferenciada. Jesús nos enseña a comprender nuestra loca atracción por la

relación especial y su propósito de ahogar la Voz de la verdad para que nunca sea escuchada, y de esta manera proteger el yo separado y diferenciado. La táctica del ego tiene éxito porque promueve el objetivo de

la mente dividida de preservar su identidad como independiente y especial,

por lo que necesitamos recordar el énfasis de Jesús de que el propósito lo es

todo. Entender el motivo de nuestra decisión nos permite elegir un propósito diferente, perdón en lugar de especialismo, Expiación en lugar de

separación.

Aquí, nuevamente, está la oración crucial:

(IV.4:1) En cierto sentido, la relación especial fue la respuesta del ego a la creación del Espíritu Santo, Quien a Su vez fue la Respuesta de Dios a la separación.

Tomando esta oración como una semilla embrionaria, podemos ver en el

Curso cómo surgen de ella el sistema de pensamiento de separación y el del

perdón. En el Preludio de este libro, hablé de la apertura de la Quinta Sinfonía de Beethoven, y cómo la totalidad de esta magnífica obra evolucionó a partir del famoso y simple motivo de cuatro notas, tres de las

cuales son iguales. Esto es similar a lo que hace Jesús con el punto contrapunto: desarrollando su sinfonía a partir del propósito de la defensa

del especialismo del ego, y el contra-propósito del perdón del Espíritu Santo. Como hemos visto repetidamente, el perdón no se puede entender –

cómo y por qué cura – hasta que se aclare el propósito de lo que deshace.

Esto nos devuelve a la estrategia del ego de la ausencia de la mente: (IV.4:2) Pues aunque el ego no entendía lo que había sido creado, era consciente de una amenaza.

El miedo del ego, como hemos subrayado, no es de Dios ni de la Expiación.

La amenaza para su existencia separada es que el Hijo de Dios, a través del poder de decisión de su mente, elija la Expiación y, por lo tanto, vuelva a la

Unidad de Dios y de su Ser. Está claro, entonces, que el problema del ego

es la mente dividida del Hijo, no la Mente de Cristo. Por eso privar al Hijo

del acceso a su mente es el objetivo de su programa defensivo de culpa y proyección.

(IV.4:3-5) Todo el sistema defensivo que el ego desarrolló para proteger la separación de los avances del Espíritu Santo, fue en respuesta al regalo con el que Dios la bendijo, Quien, mediante Su bendición, permitió que se subsanase. Esta bendición encierra dentro de sí la verdad de todo. Y la verdad es que el Espíritu Santo mantiene una estrecha relación contigo porque en Él tu relación con Dios queda restaurada.

El Espíritu Santo es el Pensamiento de Expiación, Su regalo, Quien nos recuerda Quiénes somos como Hijo de Dios. Él es el Pensamiento del Amor

eterno y no-separado de Dios que llevamos con nosotros al sueño cuando

nos quedamos dormidos, y que se ha quedado con nosotros durante las

pesadillas de culpa y odio del ego. Su misma Presencia nos une a Dios, afirmando que nada de lo que el ego nos dice es verdad. Nuestro recordar

esta simple verdad es el gran temor del ego, y el de "todo su sistema defensivo" de relaciones especiales que es su protección.

(IV.4:6-7) Tu relación con Él jamás se ha roto porque desde que se produjo la separación el Espíritu Santo no ha estado separado de nadie. Y gracias a Él todas tus relaciones santas han sido cuidadosamente preservadas para que sirvan el propósito que Dios te dio.

En "El pequeño obstáculo" (T-26.V) hay un pasaje similar en el que Jesús declara que solo había un error, el cual ocurrió en el instante original de la locura. Todo lo que pareció suceder en el mundo del tiempo re-creó este único error de separación, que fue respondido por la única corrección de la

Expiación del Espíritu Santo:

El brevísimo lapso de tiempo en el que se cometió el primer error – en el que todos los demás errores están contenidos – encerraba también la Corrección de este primer error y de todos los demás que partieron de él. (T-26.V.3:5)

En ese "brevísimo lapso de tiempo" ontológico ocurrieron todas nuestras relaciones especiales, pero en ese mismo instante la corrección – la relación santa – ocurrió también, sanando nuestras relaciones. Estas correcciones han sido preservadas a través del mundo del tiempo y el espacio por la Corrección que se encuentra en la mente atemporal y no-espacial.

Latentes

allí, los pensamientos de mentalidad-errada y de mentalidad-correcta de la

separación y la Expiación esperan la decisión de activarse. No hace falta

decir que esta visión de la separación y la Expiación no puede entenderse

desde un punto de vista lineal, porque al estar fuera del tiempo y el espacio,

estos pensamientos están más allá de la lógica que un mundo de  $2+2=4$

puede comprender.

(IV.5:1) El ego siempre se mantiene alerta por si surge cualquier amenaza, y la parte de tu mente en la que el ego fue aceptado está

ansiosa por conservar su propia razón, tal como la entiende.  
El ego conserva su razón, su sistema de pensamiento de separación, sacándonos de la mente para que nunca podamos elegir en contra de él. Esta  
defensa de la ausencia de la mente, el propósito fundamental del sistema de  
pensamiento del ego, culmina en la falsa creación del cuerpo, manteniéndonos así en un estado perpetuo de especialismo que nos arraiga  
en el mundo de la materialidad.

(IV.5:2-8) No se da cuenta de que es completamente demente. Mas tú tienes que darte cuenta exactamente de lo que esto significa si quieres que se te restituya la cordura. Los dementes protegen sus sistemas de pensamiento, pero lo hacen de manera demente. Y todas las defensas son tan dementes como lo que supuestamente tienen que proteger. No hay nada en la separación, ni “razón”, ni atributo, ni ningún aspecto que no sea demente. Y su “protección”, que es parte de ella, es tan demente como toda ella. Por lo tanto, la relación especial, su principal defensa, no puede sino ser demente.

En el Capítulo 16 hablamos de la solución mal-adaptativa a un problema  
inexistente del ego: la loca solución del cuerpo y sus relaciones especiales  
al demente problema de la culpa de la mente. Nuestras defensas deben ser  
dementes porque su propósito es proteger un pensamiento que ni siquiera  
está allí; ¡algo totalmente demente de hecho! Mientras creamos en la locura  
del ego y de su mundo, estamos continuamente afirmando su realidad, dando poder al cuerpo para afectar nuestra felicidad y paz – de manera  
positiva o negativa – y así nunca podremos cuestionar si esto tiene algún  
sentido. Seguiremos sosteniendo la mentira de que necesitamos nuestras  
relaciones especiales con el mundo exterior para sobrevivir física, emocional y espiritualmente. De ahí que nuestra verdadera supervivencia

como Hijo de Dios, garantizada para nosotros por el Espíritu Santo en la mente correcta, aparentemente se nos negará para siempre. Antes de volver a la relación especial como una defensa específica del ego, veremos el principio de Expiación, abriéndonos camino a través de las enseñanzas de Jesús con el punto-contrapunto como marco para la discusión.

El principio de la Expiación

Nuestro primer pasaje es el que abre este capítulo:

(I.1:1-5) La traición que el Hijo de Dios cree haber cometido sólo tuvo lugar en ilusiones, y todos sus “pecados” no son sino el producto de su propia imaginación. Su realidad es eternamente inmaculada. El Hijo de Dios no necesita ser perdonado, sino despertado. En sus sueños se ha

traicionado a sí mismo, a sus hermanos y a su Dios. Mas lo que tiene lugar en sueños no tiene lugar realmente.

En otras palabras, este es un mundo inventado, un pensamiento que infunde

terror en nuestros corazones. Aceptar su verdad disuelve el yo individual,

porque nuestra existencia como entidades especiales se basa en el supuesto

de que el pecado de la separación realmente sucedió. Aunque encarnamos

ese pensamiento de traición, protegidos por las vigentes proyecciones de la

mente, la Expiación continúa susurrando: “Nada de esto ocurrió; solo en

sueños, lo inconcebible parece real”. Dado que el miedo del ego es que algún día escuchemos la Voz de Dios que espera nuestro regreso a la mente

tomadora de decisiones, nuestros cuerpos sin mente mantienen el ego a

salvo, al mantenernos dormidos. Este es el razonamiento que conduce a la

estrategia de la relación especial, la respuesta del ego a la consciencia de la

corrección de la Expiación del Espíritu Santo.

(I.1:6) Es imposible convencer al que sueña de que esto es así, pues los

sueños son lo que son debido a la ilusión de que son reales.

Aunque los soñadores lúcidos tienen la experiencia de saber que sueñan,

incluso cuando están dormidos, a la mayoría de nosotros nos resulta difícil

saber que estamos soñando por la noche; los sueños parecen muy reales.

¿Cuánto más difícil es entonces con nuestros sueños al estar despiertos?

Mientras caminamos por esta tierra como cuerpos, pensamos que estamos

despiertos, pero en realidad dormimos, sin saber que nuestras vidas son

ilusiones de la vida. Esta inconsciencia es intencional, siendo el producto de

nuestra resistencia a escuchar al Espíritu Santo decirnos que esto es un

sueño y no la realidad.

(I.1:7-10) Sólo al despertar se libera uno completamente de ellos, pues no solo resulta perfecta-mente evidente el hecho de que no afectaron en

modo alguno la realidad y de que no la han cambiado. Las fantasías cambian la realidad. Ése es su propósito. En realidad no lo pueden hacer, pero sí pueden hacerlo en la mente que quiere que la realidad sea diferente.

Si nos volvemos sin mentes, el propósito último del ego, no hay forma de

que podamos despertar, ya que la mente es la que se durmió y a su vez es el

soñador, que sigue generando problemas dentro del sueño, los cuales nunca

podrán resolverse en ese nivel. Ciertamente no podemos despertar en el

cuerpo, desde el cuerpo, como cuerpo, ya que este sigue siendo una figura

onírica, cuyo núcleo es la fantasía de separación de la mente. Como nuestro



tomador de decisiones eligió que la realidad sea diferente de lo que es, dándole a las ilusiones un poder que no tienen, es el mismo tomador de

decisiones quien debe optar por dejar atrás la ilusión y despertar a la realidad que nunca abandonó.

(I.2:1) Tu deseo de cambiar la realidad es, por lo tanto, lo único que es temible, pues al desear que la realidad cambie crees que tu deseo se ha cumplido.

Nuestras mentes han elegido el ego y lo han hecho real; y a partir de ese

momento, parece real porque así lo queremos. Olvidamos que esto fue simplemente una elección, y una tomada entre dos alternativas: la separación del ego y la Expiación del Espíritu Santo. Estando sin mentes,

ya no somos conscientes de la elección desde los cuerpos, porque ellos no

pueden elegir. Y entonces aparentemente estamos atrapados con el sueño

corporal que, siendo la proyección de culpa por la separación, debo tener

miedo porque la culpa exige un castigo. El punto de Jesús es que el amor no

puede tener miedo, ya que eso es lo que somos, pero la ilusión de nosotros

mismos como pecadores culpables puede y debe engendrar miedo porque

creemos en la realidad de lo que no es verdad.

(I.2:2-6) En cierto sentido, esta extraña perspectiva da testimonio de tu poder. Mas cuando lo distorsionas y lo utilizas en favor del “mal”, haces también que sea algo irreal para ti. No puedes serle fiel a dos amos que piden cosas contradictorias. Lo que usas en beneficio de las fantasías, se lo niegas a la verdad. Mas lo que le entregas a la verdad para que ésta lo use en tu beneficio, se encuentra a salvo de las fantasías.

Esto introduce el importante tema de la fe, que ahora asumirá mayor prominencia en nuestra sinfonía de la que tenía en su aparición anterior. La

fe se usa de manera diferente en Un Curso de Milagros de su significado

más típico de tener fe en Dios o en una persona para que haga algo por nosotros. Aquí se refiere al poder de la mente para elegir entre el Espíritu Santo y el ego. Cuando ponemos nuestra fe en la Voz de Dios, la ponemos en todo – fe; cuando se coloca en el especialismo del ego, se coloca en nada – falta de fe. Jesús nos está diciendo que no podemos ser fieles a dos amos (Mateo 6:24), porque debemos elegir creer en el Maestro de la verdad o en el maestro de la fantasía. Esta es la expresión de mentalidad-correcta del principio de uno u otro.

Falta de fe I: el miedo del ego a la Expiación.

Temeroso del poder de la mente para elegir en su contra, el ego busca negar la mente por completo, utilizando el pasado como su arma principal: (III.8) El pasado se convierte en la justificación para entablar una alianza continua y profana con el ego contra el presente. Pues el presente es perdón. Por lo tanto, las relaciones que la alianza no santa fomenta no se perciben ni se experimentan como si estuviesen ocurriendo ahora. Mas el marco de referencia al que se recurre para que le dé significado al presente es una ilusión del pasado en la que se conservan aquellos elementos que se ajustan al propósito de la relación no santa, y se abandonan todos los demás. Y lo que de esta manera se abandona, es toda la verdad que el pasado jamás habría podido ofrecer al presente para que diese testimonio de la realidad de éste. Lo que se conserva no hace sino dar testimonio de la realidad de los sueños. El ego utiliza el pasado como un medio para convencernos de que el especialismo es la llave de la felicidad. Los pecados pasados de los demás son responsables de nuestro sentido actual de carencia, que exigen relaciones para aliviar el dolor y ocultar el odio por aquellos que creemos

que nos robaron la inocencia que es ya no es nuestra. Estos pecados, sin

embargo, son ilusorios, como lo es el pasado en el que parecieron ocurrir.

La verdad de la Expiación, que el perdón que elegimos en el presente nos

revela, es que el pecado original de separación nunca sucedió excepto en

sueños. Permanecemos tal como Dios nos creó, despiertos en el Cielo.

Estamos aprendiendo que el problema nunca son los resentimientos específicos que tenemos contra los demás, sino la necesidad subyacente de

permanecer dormidos y mantener oculto el recuerdo presente de nuestra

realidad como el Hijo de Dios no separado.

(VIII.2:7) Pero no te alces contra ella [la verdad], pues no puede hacer acto de presencia si te opones a ella.

Debido a que el ego le teme a la verdad – más aún, teme que elijamos creer

en la verdad – nos hace oponernos a ella decidiendo en favor de la ilusión,

la cual luego protege proyectando la ilusión de separación en la relación

especial. La verdad debe esperar pacientemente a que recobremos nuestros

sentidos y recuperemos el poder de la mente para elegir, motivados por la

necesidad de la mentalidad-correcta de poner fin a nuestro sufrimiento.

Dado que las decisiones no tienen sentido a menos que se elijan libremente

y se deseen sinceramente, Jesús nos está enseñando que queremos alegría y

no dolor, ayudándonos a aprender a distinguir entre ellos.

(VII.7:1-3) El poder que se ha depositado en ti, en quien se ha establecido el objetivo del Espíritu Santo, trasciende tanto tu limitada percepción de lo infinito, que no tienes idea de la magnitud de la fuerza

que te acompaña. Y puedes usar esta fuerza con perfecta seguridad.

No

obstante, a pesar de su extraordinario poder, tan grande que se extiende allende las estrellas hasta el universo que se encuentra más allá de ellas, tu insignificante falta de fe la puede neutralizar, si en su lugar prefieres valerte de tu falta de fe.

Cuando ponemos nuestra fe en el ego, la majestad de Dios de la cual el

Espíritu Santo es el gozoso recuerdo, se vuelve inútil. La majestad del amor

del Cielo no se destruye, como nos haría creer el ego; pero no significa nada

para nosotros porque hemos elegido contra ella y atacado su poder. A pesar

de los esfuerzos del ego por convencernos de lo contrario, sin embargo, lo

que hemos rechazado no lucha en oposición. El amor no se opone, que es la

razón por la que el Espíritu Santo no busca vencer o dar órdenes (T-5.II.7:1-

3); Simplemente le recuerda a la mente tomadora de decisiones que puede

hacer una elección diferente. El plan del ego milita en contra de esto al negar el poder de la mente al hacernos elegirlo a él en lugar del Espíritu

Santo, y luego convencernos de proyectar su sistema de pensamiento en el

cuerpo. Veamos ahora cómo el ego desarrolla esta estrategia de mantenernos en un estado perpetuo de ausencia de la mente, que, si bien es

una locura, también es un ingenioso medio de salvación:

(VI.6:9-7:1) ... el ego cree que la manera de “resolver” los conflictos es fragmentándolos, y así, no percibe la situación como un todo. El ego, por consiguiente, intenta dividir la situación en segmentos y lidia con cada uno de ellos por separado, pues tiene fe en la separación y no en la unidad.

Cuando el ego se enfrenta a un aspecto de la situación que parece ser difícil, trata de trasladarlo a otro lugar y resolverlo allí.

Esto reafirma las ideas de Freud sobre el mecanismo de defensa del desplazamiento. Transferimos la ansiedad inherente de la mente que se

decidió por ella, a algo inherentemente inocuo que no nos molesta, pero que luego se experimenta como un inductor de ansiedad. Esta potente cortina de humo nos impide darnos cuenta de la verdadera fuente de nuestro malestar, permitiéndole pasar desapercibida y sin corregir. Luego gastamos nuestro tiempo y energía tratando de resolver problemas externos que fueron desplazados del verdadero problema, la mente que se ha identificado con el ego.

Resumiendo, el verdadero problema de creer en la culpa ilusoria de la mente se niega y se ve proyectado en el cuerpo. Ésta es la razón por la que

hablamos de la relación especial como el hogar de la culpa. Habiéndola puesto primero en nuestras mentes, la culpa se desplaza hacia el cuerpo y

sus relaciones especiales: el pensamiento delirante (la mente) da lugar inevitablemente a percepciones alucinatorias (el mundo). La devoción por

satisfacer las necesidades del cuerpo se vuelve inevitable, tomando esta

forma: si tan solo mi cuerpo no enfermarse o no se sintiese abrumado por

sus propios impulsos; si tan solo los cuerpos en mi vida fueran diferentes; si

tan solo esto, si tan solo aquello, si tan solo ... entonces sería feliz.

(VI.7:2-3) Y parecerá tener éxito, salvo que ese intento entra en conflicto con la unidad, y no puede por menos que enturbiar el objetivo de la verdad. Y no se podrá experimentar paz, salvo en fantasías.

La fantasía es que nuestras necesidades separadas se satisfacen con éxito a

través del especialismo, lo que nos permite estar en paz. Sin embargo, la

verdad sigue siendo que la paz solo puede provenir de deshacer la separación a través de la práctica de intereses compartidos, el reflejo en la

tierra de la unidad del Cielo.

(VI.7:4-6) La verdad no ha venido porque la fe ha sido negada, al no

haberse depositado donde por derecho propio le corresponde estar. De este modo pierdes el entendimiento de la situación que el objetivo de la

verdad te brindaría. Pues las soluciones que proceden de fantasías no aportan sino una experiencia ilusoria, y una paz ilusoria no es la condición que le permite la entrada a la verdad.

Nuestra fe pertenece al Espíritu Santo, no al ego. Hemos puesto nuestra fe

en ilusiones y creemos lo que el ego nos ha dicho: que la culpa es el problema, y que sólo podremos solucionarla proyectándola sobre otro. Nosotros luego perdemos la conciencia de la mente, porque las ilusiones del

cuerpo – sensaciones y experiencias – son muy engañosas, lo que nos lleva

a creer que el problema y su solución están donde no están. La creencia

debe continuar, entonces, ya que el propósito u objetivo de cualquier situación o relación es satisfacer nuestras necesidades especiales, en lugar

de servir como un aula en la que aprendemos a perdonar la culpa de la mente, nuestra única verdadera necesidad. Recuerda esta declaración anterior:

... la única oración que tiene sentido es la del perdón porque los que han sido perdonados lo tienen todo. ... La oración del perdón no es más que una petición para que puedas reconocer lo que ya posees. (T3.V.6:3,5)

Devolver nuestra fe al Espíritu Santo y Su enseñanza nos recuerda que nuestra única necesidad ya ha sido respondida, porque hemos recordado la

simple verdad de la abundancia del Hijo de Dios, y que somos el Hijo de Dios.

(VII.1:1-2) Los substitutos de cualquier aspecto de una situación son los

testigos de tu falta de fe. Demuestran que no creíste que la situación y el

problema estuviesen en el mismo lugar.

La palabra substitutos es sinónimo en Un Curso de Milagros de las relaciones especiales y puntualmente, de la creencia de que nuestros

problemas son inherentes a las situaciones que vivimos. Sin embargo, las ideas no abandonan su fuente, lo que significa que el problema de la culpa y nuestras relaciones especiales de culpa son uno, y, por lo tanto, que se encuentran en el mismo lugar: la mente separada que puede elegir entre la fe y la falta de fe, entre la verdad y la ilusión.

(VII.1:3-5) El problema era la falta de fe, y esto es lo que demuestras cuando lo separas de su fuente y lo pones en otro lugar. Como resultado de ello, no ves el problema. De no haberte faltado la fe de que podía ser resuelto, el problema habría desaparecido.

No ver el problema es la meta del ego, porque no quiere que reconozcamos que el verdadero problema radica en la elección del ego por parte del tomador de decisiones. Al desplazar el problema fuera de su fuente, el ego nos convence de que nuestros problemas son decisiones equivocadas que hemos tomado nosotros o han tomado otros cuerpos – pero nunca en la mente. Aun así, podemos resolver fácilmente el problema de la culpa volviendo a la mente y poniendo nuestra fe en la Expiación del Espíritu Santo.

(VII.1:6-2:1) Y la situación habría tenido sentido para ti porque se habría eliminado cualquier inter-ferencia que hubiese impedido que la entendieses. Trasladar el problema a otro lugar es perpetuarlo pues te desentendes de él y haces que sea irresoluble.

No hay ningún otro problema que la fe no pueda resolver.

Esta es una variación del tema de que no hay grados de dificultad. No hay grados de dificultad en los milagros porque todos los problemas son iguales. Ninguno existe en el nivel corporal, porque es solo en la mente donde se puede reconocer el único problema de haber elegido el ego.

El mundo es significativo en la medida en que lo vemos como un aula en la que aprendemos a resolver nuestros problemas percibidos a través del

milagro, el proceso donde eliminamos el problema desde el cuerpo, donde el ego lo colocó y lo devolvemos a la mente para ser perdonado y abandonado. Este es el significado de las dos últimas frases anteriores: como ego, tú como tomador de decisiones te has alejado del problema, haciéndolo irresoluble. Sin embargo, tener fe en la Expiación como la solución a todos los problemas pone fin al reinado del ego sobre tu mente para siempre.

(VII.2:2-4) Si trasladas cualquier aspecto de un problema a otro lugar, ello hará que sea imposible solventarlo. Pues si trasladas parte del problema a otro lugar, el significado del problema inevitablemente se pierde, y la solución del problema radica en su significado. ¿No es posible acaso que todos tus problemas ya se hayan resuelto, pero que tú

te hayas excluido a ti mismo de la solución?

Este es el mensaje de las Lecciones 79 y 80: el único problema de la separación ya ha sido resuelto por la Expiación. Como el problema y la solución están en la mente, la curación nunca puede ocurrir si se busca en el

mundo. Esta es la razón por la que nuestros egos desplazan el ser hacia el

cuerpo, sacándonos del problema y de su verdadera corrección. El milagro,

sin embargo, nos permite elegir la solución de la Expiación que deshace el

problema de la mente, el cual nunca existió.

(VII.2:5) La fe, no obstante, tiene que estar donde algo se ha consumado, y donde tú ves que se consumó.

Pensaremos que vemos el problema y la solución donde hemos depositado

nuestra fe – en el cuerpo o en la mente. Sin embargo, solo la mente es el

hogar de la decisión en favor de la fe o de la falta de fe.

(VII.3:1-4) Una situación es una relación, pues es una confluencia de pensamientos. Si se perciben problemas, es porque se cree que los pensamientos están en conflicto. Mas si el objetivo es la verdad, eso es imposible. Alguna idea relacionada con el cuerpo tuvo que haberse inmiscuido, ya que las mentes no pueden atacar.



Jesús nos está ayudando a ver que las relaciones y las situaciones ocurren solo en la mente – las ideas no abandonan su fuente. El cuerpo y sus actividades son simplemente proyecciones de los pensamientos de la mente.

Si estos pensamientos están en conflicto (en última instancia, por el conflicto entre Dios y el ego), el cuerpo debe percibir y experimentar conflicto – las ideas no abandonan su fuente. Cuando nuestro miedo nos lleva de regreso a los brazos del ego, el conflicto es inevitable. Una vez más, es igualmente inevitable que proyectemos este conflicto en el cuerpo, el cual parece experimentar el conflicto de los problemas de la mente que no se pueden resolver en el estado de vida sin mente en el mundo.

Como pensamos que somos cuerpos, creemos que el ataque es real y que realmente existe entre personas. Esto nos impide reconocer estos ataques como una “realidad externa” o una representación gráfica (L-pl.23.3:2) del conflicto imaginario de la mente. Después de todo, ¿cómo podría Dios estar en conflicto con Su Hijo no-separado? Por eso las mentes no pueden atacar, pero los cuerpos pueden parecer que sí. Cuando elegimos el instante santo, en el que no hay separación porque nuestro objetivo es la verdad de la unidad, el cuerpo atacante no existe y, por lo tanto, la mente no puede estar en conflicto: las ideas no abandonan su fuente.

(VII.3:5-6) Pensar en cuerpos indica falta de fe, pues los cuerpos no pueden solventar nada. El que se inmiscúan en la relación – lo cual es un error acerca de lo que piensas de la situación – es lo que entonces se convierte en la justificación de tu falta de fe.

Ponemos nuestra fe en la culpa del ego, y luego en su proyección en el cuerpo, al cual juzgamos como el problema y su solución. Esto niega la mente que es el lugar de nuestro único problema, un error acerca de lo que

piensas de la situación. En otras palabras, hemos puesto nuestra fe en nada,  
que es la definición de Jesús de la falta de fe. Habiendo hecho un mundo de  
cuerpos, como depósito de nuestro pecado, los que están "libres de pecado"  
se convierten en nuestros aliados, hasta que con el tiempo nos volvamos  
contra ellos cuando el amor especial se convierta en odio especial. Estas  
relaciones especiales justifican nuestra fe en aquellos faltos de fe, por no  
mencionar nuestra percepción de ser tratados injustamente: nosotros nunca  
somos la causa de nuestra miseria, sino que otros lo son, porque nos han  
hecho como somos.

(VII.3:7-9) Cometerás este error, pero no dejes que ello sea motivo de preocupación para ti. El error no importa. La falta de fe que se lleva ante la fe nunca será un escollo para la verdad.

El milagro nos ayuda a reconocer nuestro error, como leeremos más adelante, para que podamos elegir de nuevo: "El milagro establece que

estás teniendo un sueño, y que su contenido no es real" (T-28.II.7:1).

Llevar

el problema (falta de fe) de regreso a la respuesta (fe), significa poner nuestra fe en el Espíritu Santo. Llevar la oscuridad de la ilusión a la luz de

la verdad anula todas las formas del error, las proyecciones del único error:

la identificación de la mente con la falta de fe del ego.

(VII.3:10-11) Pero usar la falta de fe contra la verdad siempre destruirá la fe. Si te falta fe, pide que se te restituya allí donde se perdió, y no intentes que se te indemnice por ella en otra parte, como si se te hubiese

privado injustamente de ella.

Creemos que otros nos han privado de nuestro poder; sin embargo, somos

nosotros los que nos hemos hecho esto a nosotros mismos. Sin embargo, la

fe – el poder de la mente para elegir – no se puede perder, ni su capacidad para tomar de decisiones puede ser entregada ciegamente a Dios. Permanece en la mente, donde Jesús espera nuestro regreso a ella y a la restauración de la verdadera fe en nuestra conciencia. Alcanzar el estado de ausencia de la mente, entonces, es la estrategia del ego contra la Expiación. El ego nos conduce fuera de nuestras mentes para que nunca escojamos en contra de él y en favor del Espíritu Santo. Se inventa un mito sobre el pecado y la culpa de la mente (el cuadro de mentalidad-errada del gráfico), y proyecta la culpa, creando falsamente un mundo de relaciones especiales. Creemos que estas son nuestros problemas, y que su solución se encuentra en el mundo también. La relación especial, que ahora conside-ramos, es la principal defensa que usa el ego para enraizarnos en el mundo de los cuerpos para “protegernos” de la mente. Estos son nada menos que la falta de fe encarnada. Falta de fe II: las relaciones especiales. A modo de introducción a esta sección, elaboramos el propósito específico de la relación especial, que es distorsionar la verdad ocultando su resplandor entre las sombras de la ilusión y la culpa. Una de las estratagemas más ingeniosa y exitosa del ego consiste en ocultar su imagen de culpa en el marco seductor de la espiritualidad, logrando así su objetivo de llevar la verdad a la ilusión o la fantasía. Aplicando esta dinámica a la figura de Jesús y Un Curso de Milagros, podemos ver cómo el ego ha socavado el mensaje de perdón al seducirnos para formar una relación especial con él y su curso. Esto es inevitable una vez que buscamos comprenderlos desde la perspectiva del cuerpo, creyendo, por ejemplo, que Jesús nos habla como personas individuales con ojos que leen sus palabras,

oídos que las escuchan y cerebros que interpretan su significado. Al hacerlo, "inadvertidamente" subvertimos su tema central de que somos mentes que hemos elegido una relación especial con el ego, un error que necesita ser corregido en ese nivel eligiendo una relación santa con él. Todo esto tiene lugar dentro, pero cuando el ego desplaza la falta de fe en las relaciones desde la mente hacia el cuerpo, la esperanza de curación se desvanece, para deleite del ego. Pasamos ahora a un pasaje importante que se puede leer, en parte, como la advertencia de Jesús a sus estudiantes de no repetir el error del Cristianismo de intentar comprender (y explicar), desde el contexto del sueño, el fenómeno de la luz que aparece en el sueño pero que está verdaderamente fuera de él:

(L.5:1-4) ¿Crees acaso que puedes llevar la verdad ante las fantasías y aprender lo que significa la verdad desde la perspectiva de lo ilusorio? La verdad no tiene significado dentro de lo ilusorio. El marco de referencia para entender su significado tiene que ser ella misma. Cuando tratas de llevar la verdad ante las ilusiones, estás tratando de hacer que las ilusiones sean reales y de conservarlas justificando tu creencia en ellas.

El punto aquí es que reconozcamos nuestra fuerte resistencia a leer Un Curso de Milagros como una mente, porque eso significaría el fin del sistema de pensamiento de separación del ego y el de nuestra identidad individual como cuerpos. Vemos aquí otro pasaje en el que Jesús enfatiza fuertemente que no somos la persona que creemos que somos. Necesitamos acercarnos al Curso y su mensaje de perdón desde dentro de su perspectiva no-dualista que enseña que el mundo y el cuerpo son ilusiones, meras proyecciones del sistema de pensamiento ilusorio de la mente de separación

y especialismo. Estamos aprendiendo que, dado el fundamento metafísico no-dualista, Jesús y el Espíritu Santo no pueden hacer cosas en el mundo, ya que las mismas palabras de Un Curso de Milagros nos dicen que no existe. Pensar lo contrario, es estar confundido, reforzando el especialismo que es el propósito del Curso deshacer. Una vez más, el sueño de especialismo no puede verse como lo que es, y mucho menos deshacerse, desde la perspectiva del sueño mismo. Los cuerpos, después de todo, solo pueden ver cuerpos y nunca reconocerán que el cuerpo es la creencia de la mente en la separación.

Comenzamos nuestra discusión más formal de la relación especial con selecciones de "Sombras del pasado". Estas se centran en las figuras sombrías que traemos del pasado al presente, un tema familiar en nuestra sinfonía. El pecado reside en el pasado, donde creemos que se nos hicieron cosas pecaminosas y que las revivimos en el presente como justificación por nuestro pecado contra los demás. Por ejemplo, si no sentimos que nuestros padres nos amaron cuando éramos niños, como adultos podemos buscar personas que ocupen su lugar para preservar nuestra propia imagen como víctimas inocentes. Al percibir a las autoridades de la infancia como duras y punitivas, contra quienes comprensiblemente nos rebelaríamos, podemos tratar de derrotar a todas las figuras de autoridad futuras que se crucen en nuestro camino. Detrás de cada una de estas figuras sombrías y especiales se encuentra la imponente figura del falso Dios del ego que fabricamos para que sea nuestro enemigo, la relación especial central de la que se derivan todas los demás.

(III.1:6-10) Las tenebrosas figuras son los testigos que traes contigo para demostrar que el Hijo de Dios hizo lo que no hizo. Puesto que las traes contigo, las oírás. Y tú que las conservas porque tú mismo así lo elegiste, no puedes entender cómo llegaron hasta tu mente ni cuál es su

propósito. Representan el mal que crees que se te infligió. Las traes contigo sólo para devolver mal por mal, con la esperanza de que su testimonio te permita pensar que otro es culpable sin que ello te afecte.

Las personas en nuestras vidas tienen el propósito de ser objetos sobre los

que podemos proyectar nuestra culpa para así quedar libre de ella.

Vemos

nuestro pasado maligno percibido en ellos, a quienes nos sentimos justificados en atacar, creyendo mágicamente que nuestras proyecciones

sombrías son la realidad. En consecuencia, el ego hace real el error del pecado, y nos lleva a la venganza exacta por lo que nunca sucedió – hacia

nosotros o por nosotros. Se nos pide que veamos el propósito detrás de recordar los pecados pasados: "Los traes contigo solo para devolver mal por

mal ..." Este propósito asegura que tengamos el pastel de nuestro ego y

también lo comamos. Mediante la proyección de nuestros pecados, que

vemos en los demás porque queremos verlos ahí, mantenemos el yo separado que creemos que le robamos a Dios, culpando a otros por el pecado de la separación por el que serán castigados en lugar de nosotros.

(III.1:11-12) Hablan tan decididamente en favor de la separación que nadie que no estuviese obsesionado en perpetuar la separación podría oírlas. Te ofrecen las "razones" por las cuales deberías entablar alianzas no santas a fin de apoyar los objetivos del ego y hacer de tus relaciones testimonios de su poder.

Nuestros socios especiales dan testimonio de la separación que ejemplifican

y refuerzan. La atracción por la culpa, bajo la apariencia de amor, nos permite no escuchar la Voz de la razón del Espíritu Santo, sino sólo el

insaciable apetito de ataque del ego, la razón de peso detrás de todas las

relaciones especiales. Nuestras vidas como egos consisten en invitar constantemente a nuestros socios especiales, desde el nacimiento hasta la

muerte, a unirse a nosotros en la pista de baile de culpa y odio.

Ofrecemos y

aceptamos de buen grado las invitaciones a estas alianzas no santas que

aseguran la supervivencia de nuestro yo sombrío y especial.

(III.2:1-2) Son estas tenebrosas figuras las que quieren santificar el ego ante tus ojos, y enseñarte que lo que haces para mantenerlo a salvo es en realidad amor. Estas tenebrosas figuras siempre hablan de venganza, y todas las relaciones que entablan son absolutamente dementes.

El tenebroso tema de la venganza recorre ahora nuestra sinfonía.

Creemos

que merecemos la venganza de Dios a causa de nuestro pecado contra Él.

Cuando negamos y proyectamos este pensamiento desde la mente, nos

sentimos justificados en buscar venganza de los malhechores del mundo a

quienes acusamos de las injusticias que no queremos ver en nosotros mismos. No podemos evitar, entonces, estar siempre al acecho para encontrar el pecado – el loco propósito del especialismo – que es la piedra

más sagrada en la ciudadela de defensas del ego. En nuestra locura, nosotros, de hecho, creemos que usar a otros para satisfacer nuestras necesidades y devolver el favor, es amor. Los sentimientos de satisfacción

de las necesidades son tan irresistiblemente placenteros que ahogan la Voz

apacible y delicada de perdón que presagia el único sentimiento de paz y

bienestar verdaderos. Paradójicamente, el placer real del ego está en que

nuestras necesidades no sean satisfechas, porque eso justifica el odio vengativo que es la meta del ego: el pecado no es mío sino tuyo, y mereces

el castigo que me libera de la destrucción que debería ser la mía – uno u otro. Y por eso amamos el odioso pecado percibido fuera de nosotros, el cual mantiene segura la santidad del ego y más allá de todo cambio. (III.2:3) Tales relaciones tienen, sin excepción, el propósito de excluir la verdad del otro, así como la verdad acerca de ti. Esta verdad es que somos parte de Cristo, unidos en una Unicidad unida cual Una sola (T-25.I.7:1). La mentira es que podemos existir y que existimos como individuos especiales, justificadamente en guerra con todos y con todo para proteger y preservar nuestro yo separado. (III.2:4-5) Por eso es por lo que ves tanto en ti como en el otro lo que no está ahí, haciendo de ambos los esclavos de la venganza. Y por eso es por lo que cualquier cosa que te recuerde tus resentimientos pasados te atrae y te parece que es amor, independientemente de cuán distorsionadas sean las asociaciones que te llevan a hacer esa conexión. Al excluir la verdad de la unidad y abrazar la ilusión de la separación, nos volvemos propensos a no creer en la unidad de espíritu que no se puede ver pero que está verdaderamente en nuestro recuerdo de la mentalidad correcta. Nosotros, en cambio, ponemos nuestra fe en los resentimientos que caracterizan todas las relaciones especiales, a pesar de su evidente ataque demente a la mente. Nos atrae el odio de estas relaciones porque abrazan los pecados del pasado, nuestros y ajenos, los cuales liberan a nuestro ego. ¿Qué puede ser sino pura locura la que nos lleva a preferir la esclavitud de la venganza a ser dueños de la mente que puede elegir el perdón, el camino hacia nuestro ser verdaderamente libres? (III.2:6-8) Y finalmente, ésa es la razón de que todas las relaciones de este tipo se convierten en intentos de unión a través del cuerpo, pues



sólo los cuerpos pueden considerarse medios de venganza. Es evidente que los cuerpos son el foco central de todas las percepciones no santas.

Has aprendido esto por experiencia propia.

Esto se repite no solo en el texto sino también en el libro de ejercicios, donde Jesús explica para qué se fabricaron. El odio es siempre algo concreto, porque necesitamos a alguien o algo que podamos odiar (Lpl.161.7:1-2). Estos se convierten en los objetos físicos que usamos para

eliminar el odio interno, hacia nosotros mismos y hacia Dios. Para eso fabricamos los cuerpos, y no es accidental que cuando comenzamos el sueño, el cual podría haber tomado cualquier forma que elijamos, los cuerpos se volvieron centrales, los "héroes" de nuestros sueños (T-27.VIII).

Nos brindan una amplia oportunidad para decidir qué otros cuerpos funcionan mejor para satisfacer nuestra necesidad de una venganza sedienta

de sangre, escapando así de la necesidad sedienta de sangre del Dios del

ego que quiere vengarse de nosotros.

(III.2:9-10) Pero de lo que tal vez no te das cuenta es de todas las razones que hacen que la relación no sea santa. Pues la falta de santidad procura reforzarse a sí misma, tal como la santidad lo hace, atrayendo hacia sí lo que percibe como afín a ella.

Jesús vuelve al tema del propósito. Necesitamos entender por qué nos atrae

tanto la relación especial o no santa. Mientras mantengamos estas relaciones, basadas en la separación y las diferencias, el yo individual se

conserva. Este yo reúne a otros yoes para completar lo que se percibe como

carencias, como ellos a su vez nos lo hacen a nosotros, reforzando la realidad de la separación y la escasez – el fundamento de la no santidad del

ego.

(III.3) No es con el cuerpo del otro con el que se intenta la unión en la relación no santa, sino con los cuerpos de los que no están ahí. Pues ni siquiera el cuerpo del otro, que de por sí es una percepción de él seriamente limitada, es el foco central tal como es, o al menos no del

todo. Lo que se puede emplear para fantasías de venganza, y lo que más fácilmente puede asociarse con aquellos contra quienes realmente se busca la venganza, es donde se centra la atención, y son estas partes las que se seleccionan como las únicas que tienen valor. Cada paso en el proceso de entablar, mantener o romper una relación no santa es un avance progresivo hacia una mayor fragmentación y una mayor irrealidad. Las tenebrosas figuras se vuelven cada vez más imperantes, y la importancia de aquel en quien parecen manifestarse disminuye. Otra forma de caracterizar la relación especial es la fragmentación. El yo ilusorio se separa del verdadero Ser, y luego se fragmenta en seres de mentalidad-errada y de mentalidad-correcta. Luego negamos nuestras mentes correctas (el hogar del Espíritu Santo) y nos identificamos con la culpa de la mente errada (el hogar del ego). Nosotros continuamos fragmentándonos, separándonos de nuestras mentes erradas y proyectando la parte rechazada en los demás, de quien ahora fantaseamos que nos ataca. Sus cuerpos percibidos representan nuestra culpa reprimida, haciendo imposible conocerlos de verdad porque solo vemos la oscuridad proyectada de nuestra mente, cubriendo su luz con fantasías de muerte y destrucción, amor y odio. ¿Cómo, entonces, apreciando nuestro especialismo, podemos tener una verdadera unión en la que vemos a nuestros hermanos como nuestros hermanos? Además, como dice el pasaje anterior, continuamos el proceso de fragmentación enfocándonos solo en ciertas partes del cuerpo para ser objetos de nuestro amor u odio especial, como así también en los órganos sexuales, apariencia, destreza atlética o falta de ella, rasgos de personalidad agradables o desagradables, etc. La naturaleza defensiva de tales distracciones diferenciadoras del reconocimiento de la igualdad de la mente

es obvia. El propósito de todas estas percepciones fragmentadas y fragmentantes es reforzar la sombra de la realidad del mundo especial del

ego a expensas de la verdadera realidad del Hijo de Dios.

(III.4:7-8) Y así, el intento de unión se convierte en una forma de excluir incluso a aquel con quien se procuró la unión. Pues la relación se estableció precisamente para excluirle de ella y para que la “unión” fuese con fantasías en las que se goza de una “dicha” ininterrumpida. Esta es la manera no-tan-sutil de Jesús de burlarse de nuestra aparente dicha

cuando las relaciones van como nosotros queremos que lo hagan, lo que

significa que nuestras necesidades son satisfechas por otros en el loco intento de unirnos con sus cuerpos – el gran símbolo de separación del ego.

Estas "maravillosas uniones" son todo lo contrario, porque excluyen la fuerza de Cristo cuando nos unimos al ego y su debilidad inherente, la carencia que necesita a otro para llenar su enorme agujero de culpa. Ahora examinamos un párrafo en medio de "Los dos cuadros" que se centra

específicamente en la naturaleza de la relación especial. Dentro de la mente

hay dos cuadros: el sistema de pensamiento del ego, simbolizado aquí por la

muerte, y el sistema de pensamiento del Espíritu Santo, el instante santo

que repre-senta la vida. El marco alrededor de la imagen del ego es la relación especial, su propósito es que lo miremos sólo a él, no a la imagen,

ya que nadie elegiría una relación o situación en la que la muerte se viera

claramente como la ofrenda. Siguiendo la necesidad del ego de preservar su

yo separado y fragmentado, nos enfocamos solo en el marco.

Regresaremos

más adelante al marco del Espíritu Santo de la relación santa.

(IV.6:1) No tendrás mucha dificultad ahora en darte cuenta de que el sistema de pensamiento que la relación especial protege no es más que

un sistema ilusorio.

Jesús nos ha mostrado consistentemente – después de todo, este es el Capítulo 17 – la locura de la ilusión del sistema de pensamiento de separación, culpa y ataque del ego, y sus sombras proyectadas de especialismo.

(IV.6:2-7) Reconoces, al menos en términos generales, que el ego es demente. No obstante, todavía te parece que la relación especial es en cierto modo “diferente”. Sin embargo, la hemos examinado con mucho más detenimiento que muchos de los otros aspectos del sistema de pensamiento del ego que has estado dispuesto a abandonar. Mientras este aspecto continúe vigente, no obstante, no podrás abandonar los demás. Pues este aspecto no es diferente. Si lo conservas, habrás conservado todos los demás.

Jesús no solo les está hablando a Helen y Bill sobre su relación especial,

sino también a todos nosotros. Por un lado, leemos y estudiamos Un Curso

de Milagros y vemos la locura del mundo, pero quedan ciertas áreas en nuestras vidas (las formas de especialismo) que no queremos mirar porque

son demasiado importantes como defensas. Es por eso que las relaciones de

amor especial son sin duda el aspecto más difícil de examinar objetivamente del sistema de pensamiento del ego, y por qué buscamos

excluir las diciendo que son maravillosas y santas, o que no son de lo que

realmente está hablando el Curso. El problema, sin embargo, es que son

exactamente de lo que está hablando. En efecto, Jesús nos está diciendo

aquí: “Miremos estas relaciones con más atención y veámoslas por lo que

son. Solo entonces podrás libérate de ellas”. Sin embargo, a pesar de sus

reiterados impulsos y aliento, nos resistimos a buscar, porque dejar ir el

especialismo equivale a dejar ir nuestra culpa, lo que significa dejar ir nuestro yo especial. Jesús quiere que entendamos el gran costo – para nosotros – de perpetuar las mentiras de la relación especial, y de privarnos

de la paz que viene cuando elegimos contra su locura.  
(IV.7:1) Es esencial darse cuenta de que todas las defensas dan lugar a lo que quieren defender.  
Aunque la relación especial pretende ser una defensa contra la culpa, no hace lo que dice. Siempre que elegimos defensas para protegernos de lo que tememos, el mismo hecho de que las necesitemos indica que hay algo de lo que debemos tener miedo; no necesitaríamos una defensa si no hubiera un problema del cual hay que defenderse. Nuestra necesidad de la relación especial afirma que hay un problema de culpa que nunca debemos mirar.  
Esta necesidad también exige que nunca dejemos de lado el especialismo como defensa, no sea que seamos arrojados de nuevo al mar de culpabilidad de la mente en el que seguramente naufragaríamos y nos ahogaríamos.  
Curiosamente, muchos psicólogos destacan que sin defensas nos volveríamos psicóticos. Esto es indudablemente cierto dentro del sistema del ego, porque nos volveríamos locos sin la culpa. Sin embargo, la verdad es que sin defensas simplemente recordaríamos nuestra cordura y regresaríamos a casa.  
A ello le sigue que las defensas finalmente no funcionarán porque refuerzan el miedo del que se supone que nos protegen. Mientras invirtamos nuestra energía en estas relaciones especiales, el propósito al que sirven de defendernos de la culpa siempre estará presente. Para repetir, el especialismo afirma que la culpa es real y que necesitamos protección contra ella. Esto nos lleva a dar vueltas y vueltas al círculo vicioso de culpa del ego, para nunca ser sanados a menos que miremos con Jesús la locura del sistema de pensamiento del ego y elijamos contra él: negando su

negación de la verdad (T-12.II.1:5).

(IV.7:2) La base subyacente de su eficacia es que ofrecen lo que defienden.

La defensa de la relación especial ofrece culpa, mientras que supuestamente

nos protege de ella al hacernos verla en otro. No reconocemos que, al continuar proyectándonos en un cuerpo, reforzamos la culpa en la mente,

preservando la necesidad de una defensa continua: el círculo vicioso de

culpa, ataque, defensa del ego.

(IV.7:3-4) Lo que defienden se ha depositado en ellas para mantenerlo a

salvo, y conforme operan te lo brindan a ti. Toda defensa opera dando regalos, y los regalos son siempre una miniatura – montada en marco de oro – del sistema de pensamiento que la defensa protege.

Necesitamos el "marco de oro" de la relación especial para protegernos de

la culpa de la mente. Sin embargo, mientras más involucrados estamos con

el especialismo del cuerpo, una miniatura del sistema de pensamiento de

separación del ego, más culpables nos volvemos; cuanto más tratamos de

defendernos de la culpa, mayor es nuestra creencia en su realidad.

Aquí, por

supuesto, radica el plan oculto del ego, su estrategia secreta para preservarse usando la proyección para proteger a su salvadora, la culpa,

siendo la relación especial la máxima salvaguardia del ego contra las incursiones de la decisión de la mente de ser curada.

(IV.7:5-6) Se trata de un marco muy elaborado, repleto de gemas, y profusamente tallado y pulido. Su propósito es ser valioso en sí mismo, y desviar tu atención de lo que encierra.

Esta es la relación especial, diseñada para mantener la imagen oculta, lo

cual es el propósito del ego para sustentar el sistema de pensamiento que

subyace a todo especialismo. Aunque pensamos que hay un gran valor en

amistades y otras formas de relaciones especiales, simplemente nos protegen del regalo de la culpa y muerte del ego que no deseamos ver. (IV.7:7-8) Mas no puedes tener el cuadro sin el marco. Las defensas operan para hacerte creer que sí puedes.

Las defensas nos dicen que estamos libres de miedo. Sin embargo, no podemos tener uno sin el otro, el marco sin la imagen – las ideas no abandonan su fuente, las defensas no abandonan el problema subyacente.

Culpa y muerte (la imagen) no solo alimentan nuestras defensas (el marco),

sino que en esencia son una y la misma. Así podemos comprender por qué

las defensas en última instancia no funcionan, como también vemos en la

futilidad histórica de los intentos de lograr la paz mundial. Los países entablan relaciones especiales conocidas como alianzas, pero estas, en última instancia, se derrumbarán porque al mantener oculto el propósito del

ego, el problema subyacente de la culpa y la responsabilidad de la mente

por ello se protege mediante la proyección. La culpa no corregida continuamente emerge para eludir incluso las mejores intenciones, tanto en

nuestra vida colectiva como en nuestra vida personal.

(IV.8:1-4) La relación especial te ofrece el marco más imponente y falaz de todas las defensas de las que el ego se vale. Su sistema de pensamiento se ofrece aquí, rodeado por un marco tan recargado y elaborado, que el cuadro casi desaparece debido a la imponente estructura del marco. En el marco van entretejidas toda suerte de fantasías de amor quiméricas y fragmentadas, engarzadas con sueños de sacrificio y vanagloria, y entrelazadas con hilos dorados de autodestrucción. El brillo de la sangre resplandece como si de rubíes se tratase, y las lágrimas van talladas cual diamantes que refulgen tenuemente a la luz mortecina en que se hace el ofrecimiento.

El marco del ego se ve maravillosamente atractivo y valioso. Sin embargo,

cuando nos acercamos a él, al ver que los rubíes son realmente gotas de

sangre y que los diamantes son lágrimas de dolor, el encanto de la relación

especial rápidamente da paso a la imagen de la culpa y la muerte que se esconde dentro del marco. Jesús está ayudándonos a ver la absoluta fealdad del sistema de especialismo del ego para que podamos estar motivados a elegir en contra de él de una vez por todas. Al final, la atracción de nuestra mente por la luz eclipsa la atracción del ego por la oscuridad. Confiar en esa verdad reconfortante nos permite mirar con los ojos abiertos a nuestra relación especial con los cuerpos y darnos cuenta de que esta no es lo que parece. Más allá del seductor marco del ego se encuentra la imagen desesperanzada de la muerte, detrás de la cual está la imagen de la Expiación del Espíritu Santo que disipa suavemente las nubes de ilusión que nos mantuvieron dolorosamente presos durante tanto tiempo. El propósito distractor de la dinámica del especialismo del ego se explica en el siguiente párrafo:

(IV.9:1-2) Examina el cuadro. No dejes que el marco te distraiga. Ésta, entonces, es la respuesta que Un Curso de Milagros da a todos nuestros problemas e inquietudes percibidas. Nosotros estamos listos para recibirla, cuando estemos completamente disgustados con el marco, al finalmente darnos cuenta de que la relación especial no es lo que parecía.

Decir y significar: "Tiene que haber otra manera de ver esto", abre nuestras mentes para escuchar las palabras de la Voz suave y apacible: "Examina el cuadro, no el marco, y comprende el propósito destructivo para el que se creó la relación especial".

Nuevamente, todos sabemos lo bien que se siente tener nuestras necesidades satisfechas, ya sea que seamos adictos al alcohol, drogas, comida, sexo, dinero o a una idea. La forma no importa, porque el ego siempre nos hace valorar el cuerpo a expensas de la mente. Sin embargo, lo



físico es irrelevante para la necesidad de escapar de la culpa de la mente. La razón por la que nos sentimos bien cuando se satisfacen nuestras necesidades, es que creemos que hemos nuevamente triunfado sobre Dios, pero nunca es el cuerpo el que se siente bien, porque el cuerpo mismo no puede sentir. Las adicciones no son físicas, químicas u hormonales, sino que son simplemente camuflajes para distraernos de la verdadera atracción: la adicción a la culpa que continuamente nos saca de nuestras mentes, literal y figurativamente, para buscar la defensa de las relaciones especiales del cuerpo. Como egos, felizmente permanecemos sin mente y nunca elegimos la Expiación que haría desaparecer nuestras vidas individuales. Mirando el cuerpo "por encima del campo de batalla" (T-23.IV), vemos que fue construido para tener necesidades: se "siente" horrible cuando sus necesidades no se cumplen, y maravilloso cuando sí se cumplen. Por eso Jesús continuamente nos exhorta a no dejar que el marco (el cuerpo y el especialismo) nos distraigan del cuadro (la decisión de la mente de separarse). "Examina el cuadro", nos dice, "el sistema de pensamiento de la culpa y la muerte del ego". (IV.9:3-4) Este cuadro se te ofrece para que te condenes, y si lo aceptas creerás estar condenado. No puedes conservar el marco sin el cuadro. No podemos tener las experiencias excitantes y extáticas del cuerpo sin sentirnos culpables, porque el cuerpo es la encarnación del pecado del ego, que exige nuestro castigo a manos de la condenadora venganza de Dios. El ego quiere hacernos creer que podemos separar para siempre el cuerpo de la

mente (las ideas sí abandonan su fuente), y al hacerlo, estar libre de la culpa de la mente. Sin embargo, dado que las defensas dan lugar a lo que quieren defender, no podemos liberarnos del ego escondiéndonos en el cuerpo y sus relaciones de amor u odio especial.

(IV.9:5-10) Lo que valoras es el marco, pues en él no ves conflicto. No obstante, el marco no es más que la envoltura del regalo de conflicto.

El

marco no es el regalo. No te dejes engañar por los aspectos más superficiales de este sistema de pensamiento, pues en ellos se encierra

todo el sistema en sí, sin excluir ningún aspecto. En este regalo rutilante

habita la muerte. No permitas que tu mirada se pose en los destellos hipnóticos del marco.

Por muy seductor que sea el mundo y las necesidades y satisfacciones del

cuerpo (los destellos hipnóticos del marco), Jesús nos insta a no dejarnos

engañar por las artimañas del ego. El deslumbrante brillo de la relación especial no puede alterar su verdadera oferta de separación, culpa y dolor

que está más allá del alcance de las atracciones multitudinarias del mundo.

El proceso que Jesús describe para nosotros es el cambio de la forma física

al contenido la mentalidad-errada. Esto nos permite hacer un cambio significativo del conflicto de la mente al perdón de la mente.

(IV.9:11) Mira el cuadro y date cuenta de que lo que te ofrece es la muerte.

Encontramos aquí una de las súplicas más fuertes de Jesús en Un Curso de

Milagros, donde nos pide que miremos a la culpa de la mente: "Mira el marco y te mostraré que no es lo que pensabas. No puede haber una verdadera atracción por la muerte, excepto en la locura". Nos está enseñando que el cuerpo es una defensa contra la muerte, lo que significa

que es la muerte misma (las ideas no abandonan su fuente). Esto, sin

embargo, no significa que deberíamos sentirnos culpables por nuestras relaciones especiales. De hecho, nacimos como criaturas de especialismo, y aunque está en nuestro ADN, no tenemos por qué estar sujetos a ella. Elevándonos sobre el mundo con Jesús a nuestro lado, regresamos a la mente que trasciende nuestra estructura genética. No podemos alcanzar ese punto de toma de decisiones, sin embargo, hasta que primero miremos las

relaciones especiales del ego sin juicio ni culpa, y sin buscar justificar, racionalizar o espiritualizar nuestras decisiones equivocadas. Nuestra próxima sección profundiza en este aspecto central del perdón.

Mirar.

(VII.5:4) Deja que se presente [la falta de fe] y obsérvala con calma, pero no hagas uso de ella.

Jesús nos pide que miremos la decisión de la mente por el ego y todo lo que

siguió a esa elección, y que miremos su falta de fe con calma, gentileza y

amabilidad. En otras palabras, necesitamos mirar, sin juicio, en el sistema

de pensamiento de culpa, odio y especialismo del ego. Este proceso de mirar sin juicio, el corazón del perdón, disuelve el ego porque reconocemos

que la nada no puede ser alguna cosa. Sin nada en la mente más que ilusiones, ¿cómo se puede usar la nada? ¿Cómo podemos hacer algo con lo

que no existe?

(VII.5:5-6) La falta de fe es la sierva de lo ilusorio, y es totalmente fiel a su amo. Haz uso de ella, y te llevará directamente a las ilusiones.

La elección por el ego es la elección por el vacío de las ilusiones. Si creemos en los pensamientos delirantes, la marca de la locura, el efecto de

nuestra decisión de aliarnos con la falta de fe sólo puede llevarnos a los

brazos del especialismo, el pensamiento de ilusión hecho forma.

Habiendo

hecho el sistema de pensamiento del ego real en nuestras mentes, lo hacemos real en nuestra percepción – la proyección da lugar a la percepción

- e inevitablemente nos comportamos de acuerdo con las necesidades y

demandas de satisfacción del ego en nuestras relaciones especiales.

(VII.5:7-9) No te sientas tentado por lo que te ofrece. La falta de fe no supone ningún obstáculo para el objetivo, sino para el valor que éste tiene para ti. No aceptes la ilusión de paz que te ofrece, sino que, por el

contrario, contempla su ofrecimiento y reconoce que es una ilusión.

"Mira el propósito de la falta de fe", nos dice Jesús. "Mira cómo el ego ofrece solo muerte, no vida; miseria, no felicidad; conflicto, no paz. Y déjame ayudarte a elegir el objetivo más valioso para ti, el que realmente

quieres. El objetivo de la verdad no se puede cambiar ni interferirlo, pero se

puede creer que se ha vuelto inaccesible por tu creencia en ilusiones. Di:

"¡Que la paz ponga fin a semejantes necedades!" (L-pl.190.4:1), y toma mi

mano y no temas mientras te guío a través de las ilusiones hacia la verdad".

Pasamos ahora a un pasaje de "El mundo perdonado", una hermosa sección

sobre el mundo real a la que volveremos al final de este movimiento.

(II.5:2-5) El Gran Transformador de la percepción emprenderá contigo un examen minucioso de la mente que dio lugar a ese mundo, y te revelará las aparentes razones por las que lo construiste. A la luz de la auténtica razón que le caracteriza te darás cuenta, a medida que sigas,

de que este mundo está totalmente desprovisto de razón. Cada punto que Su razón toque florecerá con belleza, y lo que parecía feo en la oscuridad de tu falta de razón, se verá transformado de repente en algo hermoso. Ni siquiera lo que el Hijo de Dios inventó en su demencia

podría no tener oculto dentro de sí una chispa de belleza que la dulzura

no pudiese liberar.

El Espíritu Santo mirará con nosotros a la mente, no a sus proyecciones,

para ayudarnos a comprender nuestra razón o propósito para fabricar el

mundo. (Note el juego de palabras en este pasaje sobre razón, que se usa típicamente en el Curso como sinónimo del pensamiento de mentalidad correcta, pero también ocasionalmente para significar propósito o causa).

Solo compartiendo Su percepción podemos mirar más allá de la fealdad de la culpa para ver tu demente motivación - tu "falta de razón" - de mantener la ilusión de la separación, protegiendo y preservando la decisión de la mente por ella. Reconociendo lo que hemos elegido y por qué, podemos elegir de nuevo. La belleza y la dulzura del Amor del Espíritu Santo se extenderán para abrazar a todos en nuestra percepción, porque habremos permitido que la oculta "chispa de belleza" que está presente en la mente correcta de todos pueda ser liberada. Aprender a elegir esta chispa ahora se convierte en nuestro propósito, y es el próximo tema a ser considerado en nuestra sinfonía de salvación.

Decidir nuestro propósito.

Esta sección subraya la importancia de comprender el propósito del mundo y, más específicamente, el propósito de nuestras vidas individuales. Si no entendemos el propósito al que sirven, no seremos capaces de corregir nuestra fe puesta en otro lugar. El propósito, el cual existe sólo en la mente, lo es todo, y "¿Qué propósito tiene esto?" (T-4.V.6:8) es de hecho la única pregunta que debemos hacernos.

Examinemos "Como fijar la meta", una sección que enfatiza la necesidad de darnos cuenta de que solo hay dos metas (ya que solo hay dos emociones, mundos, cuadros, usos del tiempo, etc.): la verdad y la ilusión. Cuando nosotros escogemos la meta de la verdad porque es lo que queremos aprender, veremos todo lo que pasa durante nuestro día como un medio para

ayudarnos a alcanzar ese objetivo. No importa si suceden cosas buenas o malas; por ejemplo, si un trabajo se concreta o no, si las vicisitudes del mercado de valores son favorables o desfavorables, si los resultados de laboratorio son positivos o negativos. Nada de esto realmente importa porque todas las situaciones comparten el único propósito de ayudarnos a aprender a perdonar, lo que nos permite alcanzar nuestra meta de la verdad.

En otras palabras, la forma de la situación no es el problema, pues su importancia radica exclusivamente en el contenido que refleja. Por otro lado, si valoramos la ilusión de especialismo, veremos al mundo como una

ayuda también para alcanzar ese objetivo. Las situaciones se tomarán en

serio porque nuestro especialismo será mejor servido si A y B ocurren, pero

no C y D, y juzgaremos nuestro día en consecuencia. Como siempre Jesús

nos pide que evaluemos el resultado de los eventos mediante el simple criterio de si algo facilita u obstaculiza nuestro logro de la paz.

Necesitamos

preguntarnos continuamente: ¿cuál será mi objetivo hoy?

(VI.2:1-3) En cualquier situación en que no sepas que hacer, lo primero que tienes que considerar es sencillamente esto: “¿Qué es lo que quiero

que resulte de esta situación? ¿Qué propósito tiene?” El objetivo debe definirse al principio, pues eso es lo que determinará el resultado.

Una vez más, la forma es irrelevante, ya que alcanzaremos la meta que nos

establezcamos independientemente de su origen. Si nuestro propósito es

paz, perdón y verdad, eso es lo que aprenderemos y experimentaremos -

independientemente de los eventos - porque todo habrá sido visto como el

salón de clases del Espíritu Santo. Si el objetivo es el especialismo, no tendremos paz excepto por la pseudo-paz que llega cuando obtenemos lo

que creemos que queremos. El propósito lo es todo, porque determina cómo

percibimos el resultado de cualquier situación. Este tema vuelve en su declaración completa en “Reglas para tomar decisiones” (T-30.I). Una vez

más vemos como a lo largo de su sinfonía, Jesús introduce temas, los varía,

los aparta y los trae de vuelta – el desarrollo de su majestuoso tapiz de verdad.

(VI.3) Sin un objetivo constructivo, establecido de antemano y claramente definido, la situación simplemente parece ocurrir al azar y no tiene ningún sentido hasta que ya ha ocurrido. Entonces miras en retrospectiva, y tratas de reconstruirla para ver qué sentido tuvo. Y no podrás sino equivocarte. No sólo porque tus juicios están vinculados al pasado, sino porque tampoco tienes idea de lo que debió haber ocurrido. No se estableció ningún objetivo con el que armonizar los medios. Y ahora el único dictamen que puede hacerse es si al ego le gusta lo que pasó o no; si es aceptable para él o si clama por venganza.

La ausencia de un criterio establecido de antemano que determine el resultado final, hace que sea dudoso el que se pueda entender y que sea

imposible evaluarlo.

Como egos, continuamente tratamos de comprender por qué suceden las

cosas. ¿Por qué el mercado de valores sube o baja? ¿Por qué nuestros equipos deportivos favoritos se ven geniales en un juego y terribles en el

siguiente? ¿Por qué la bondad o el amor de las personas es tan inconsistente? ¿Por qué el cuerpo se descompone constantemente?

¿Por qué

le pasan cosas malas a la gente buena? ¿Por qué estoy aquí? Nuestras respuestas a tales preguntas, sean importantes o insignificantes, siempre

están equivocadas porque provienen de juicios basados en lo que creemos

que hemos aprendido del pasado. Además, ¿cómo podríamos saber qué es

lo mejor para alguien en términos de sus lecciones de perdón? A lo largo de

Un Curso de Milagros, Jesús advierte contra tales arrogancias, porque sólo

el Espíritu Santo tiene conciencia de la naturaleza atemporal del camino de

Expiación (por ejemplo, M-10.3-4).

El hecho es que el mundo es demasiado simple para nuestros cerebros, que

están programados para pensar en complejidades. Solo hay dos razones para

cualquier cosa que parezca suceder aquí: mantenernos dormidos o ayudarnos a despertar. Dependiendo de nuestra meta, ese es el significado

que tendremos de cualquier situación. Necesitamos preguntarnos por nuestro pedir continuamente al cerebro inconsciente los criterios para comprender, no solo al mundo, sino a nosotros mismos. Las evaluaciones

significativas provienen solo de la mente tomadora de decisiones, fuera del

tiempo y el espacio, eligiendo a la visión como su maestro. Como leeremos

en un capítulo posterior:

No le preguntes a ese transeúnte [el ego]: “¿Qué soy?” Él es la única cosa en todo el universo que no lo sabe. ... A él te diriges para preguntarle el significado del universo. Y a lo único que es ciego en todo el universo vidente de la verdad le preguntas: “¿Cómo debo contemplar al Hijo de Dios?”. (T-20.III.7:5-6,9-10)

(VI.4:1) El valor de decidir de antemano lo que quieres que ocurra es simplemente que ello te permite percibir la situación como un medio para hacer que tu objetivo se logre.

Una vez más, no se trata del resultado de la situación en la forma, sino solo

del objetivo de la mente – paz o conflicto – el cual determina nuestras percepciones y consecuentemente nuestras reacciones. Somos libres de

aceptar lo que sea que suceda como un medio para ayudarnos a aprender las

lecciones del perdón que son la manera de trascender nuestros egos.

El

juicio acerca de los eventos como positivos o negativos se vuelve



irrelevante, habiendo sido reemplazado por la visión del Espíritu Santo que transforma todo en oportunidades de aprendizaje. Para presagiar una discusión posterior de este tema, en el contexto de nuestras relaciones especiales: "Ésta es la percepción benévola que el Espíritu Santo tiene del deseo de ser especial: valerse de lo que tú hiciste para sanar en vez de para hacer daño" (T-25.VI.4:1).

(VI.4:2-6) Haces, por lo tanto, todo lo posible por pasar por alto todo lo que interferiría en su logro, y te concentras sólo en lo que te ayuda a conseguirlo. Es obvio que este enfoque ha hecho que la manera en que distingues lo verdadero de lo falso sea más parecida a la del Espíritu Santo. Lo verdadero viene a ser lo que se puede utilizar para lograr el objetivo, y lo falso, lo inútil desde ese punto de vista. La situación tiene ahora sentido, pero sólo porque el objetivo ha hecho que lo tenga. Lo verdadero es todo lo que nos enseña a perdonar. Lo falso y, por tanto, lo

inútil, es todo lo que fomenta el ataque. Cualquier pensamiento o acto de especialismo, amor u odio, es inútil desde el punto de vista del objetivo del perdón, así como el perdón no tiene sentido para el objetivo de la separación.

Cuando nos despertamos por la mañana, debemos fijar nuestra meta (T30.I.1) – la paz o el conflicto – y ver los acontecimientos del día al servicio

de nuestra decisión. Si, por ejemplo, nuestro objetivo deseado es ganar

dinero, lograr esto puede hacernos ricos, pero no necesariamente nos traerá

paz si el propósito entra en conflicto con el recuerdo de la abundancia de

Dios, nuestro verdadero tesoro. Reiterando esto, si nuestro propósito es

aprender la paz, no nos preocuparemos por lo externo; si estamos disgustados, reconoceremos que esta es una proyección de nuestro deseo de

estar disgustados y ver el problema fuera más que dentro. Nos convertimos

en "alumnos felices" (T-14.II) cuando nos fijamos el objetivo de la felicidad, entendiendo a los acontecimientos diarios como nada más que oportunidades para despertar de las pesadillas de culpa y odio del ego. Si tenemos la tentación de hacer un problema de algo, nos daremos cuenta de que simplemente cambiamos el objetivo al especialismo, haciendo que el día sea inherentemente algo sin sentido y sin el objetivo que nos acerque a una paz duradera. Tal conciencia es el objetivo de la enseñanza de Jesús, la cual nos permite elegir de nuevo: la verdad de Jesús sobre la falsedad del ego.

(VI.5:1-7) Tener la verdad por objetivo tiene otras ventajas prácticas. Si la situación se usa en favor de la verdad y la cordura, su desenlace no puede ser otro que la paz. Y esto es así independientemente de cuál sea el desenlace. Si la paz es la condición de la verdad y la cordura, y no puede existir sin ellas, allí donde hay paz tienen que estar también la verdad y la cordura. La verdad viene por su propia iniciativa. Si experimentas paz, es porque la verdad ha venido a ti, y así, no podrás sino ver el desenlace correctamente, pues el engaño no puede prevalecer contra ti. Podrás reconocer el desenlace precisamente porque estás en paz.

Esto introduce el tema de los medios y el fin. Una vez que elegimos el objetivo de la verdad, el resultado será paz independientemente de su forma. No puede ser de otra manera si las ideas no abandonan su fuente y la

proyección da lugar a la percepción. Lo que vemos por dentro es lo que vemos por fuera, no siempre en la forma, pero siempre en contenido.

En

otras palabras, una vez que elegimos la meta, veremos la situación como un

medio para lograr nuestro elegido fin. Si el objetivo es la culpa, lo que percibimos reforzará la creencia en la separación que es el hogar de la culpa; sin embargo, si el objetivo es la paz, todo lo que percibimos

fortalecerá la experiencia de perdón que es el camino hacia la paz. La verdadera paz, entonces, se vuelve inevitable, independientemente de los

locos sueños de ataque, sufrimiento y muerte que son engañosamente poderosos y parecen muy palpablemente reales.

(VI.5:8) En esto se puede ver una vez más lo opuesto a la manera de ver

del ego, pues el ego cree que es la situación la que da lugar a la experiencia.

Creemos que lo que sucede en el mundo determina cómo nos sentimos. Por

ejemplo, si un informe de laboratorio es negativo nos sentimos bien; si no

es así, nos sentimos fatal. Se ha percibido que el cuerpo es la causa de nuestra experiencia, lo que significa que estamos a merced de fuerzas más

allá del control de la mente. Que esperanza puede haber en presencia de tal

engaño, ya que hemos anulado el poder de nuestras mentes tomadoras de

decisiones para ver de manera diferente, el único poder en el universo que

realmente puede ayudarnos. Necesitamos reconocer que la mente es la

causa y el mundo un mero efecto, no al revés. Jesús nos recuerda esto cuando dice de Un Curso de Milagros: “Este es un curso acerca de causas,

no de efectos” (T-21.VII.7:8). Es nuestra decisión de lo que queremos lo que trae la experiencia, no la situación proyectada. Recordar este feliz hecho es la salvación.

(VI.5:9) El Espíritu Santo sabe que la situación es tal como el objetivo la determina, y que se experimenta de acuerdo con ese objetivo.

Este cambio interno de objetivos, como hemos visto, no significa necesariamente que la situación cambie de forma. Sin embargo, sí significa

que la situación no tiene nada que ver con nuestro objetivo de aprender la

diferencia entre apariencia y realidad, ilusión y verdad. Dado que Jesús nos

enseña que todo lo que sucede es una oportunidad de aprendizaje para la mente, aprendemos con alegría que lo que está afuera es una proyección de una decisión que tomamos en el interior. Así es como Un Curso de Milagros deshace el ego, enseñándonos que somos la verdadera causa de todo lo que pensamos, vemos y sentimos. Habiendo explorado la relación especial y su propósito, pasamos ahora a la relación santa, la corrección del Espíritu Santo en el instante santo a las decisiones equivocadas de la mente. Aceptamos que nuestro propósito en la vida es el perdón en lugar de la culpa, y que lo que percibimos en el mundo es el aula que nos enseña a volver nuestra atención a la mente. También nos damos cuenta de que las relaciones especiales no son entre los cuerpos, sino solo entre el tomador de decisiones de la mente y el ego, el aliado de mentalidad-errada contra el Hijo de Dios. Restaurando nuestra fe en Jesús como el único maestro cuerdo, aceptamos la relación santa con él como la fuente de todo perdón y curación en el mundo ilusorio de los cuerpos. Fe: la relación santa, el perdón y el instante santo. Regresamos al pasaje que introdujo nuestra discusión sobre las relaciones especiales, el cual expuso los intentos del ego de distorsionar la verdad nodualista llevándola al mundo de la ilusión dualista. Jesús nos ayuda a revertir esta obvia estratagema del ego enseñándonos a llevar el sistema de pensamiento de especialismo del ego a la luz suave y curativa del instante santo. De esta manera, el propósito de la culpa de la relación especial da paso al perdón de la relación santa:

(I.5:5-7) Llevar las fantasías ante la verdad, no obstante, es permitir que la verdad te muestre que las ilusiones son irreales, lo cual te permite entonces liberarte de ellas. No mantengas ni una sola idea excluida de la verdad, pues si lo haces, estarás estableciendo diferentes

grados de realidad que no podrán sino aprisionarte. No hay grados de realidad porque en ella todo es verdad.

Esto se remonta a la apertura del texto, donde se enuncia el tema que forma

la base de la sinfonía de Un Curso de Milagros: no hay grados de dificultad

en los milagros. Si el mundo es una ilusión, y todo en él es igualmente irreal, no puede haber una jerarquía de cuestiones por las que preocuparse.

De manera similar, la corrección de cualquier problema, independientemente de su forma, es recordar la única verdad de Dios, devolviendo nuestras proyecciones a la mente tomadora de decisiones: un

problema (separación), una solución (Expiación), una verdad (Dios y Su Hijo). Cuando miramos al mundo a través de los ojos de Jesús, reflejamos

la verdad de la Unidad del Cielo al ver todas las ilusiones aquí como lo mismo, viendo que todas las personas tienen la misma mente dividida: mente errada (ego), mente correcta (Espíritu Santo), y tomador de decisiones. Aceptar la Expiación significa que no hacemos excepciones a

esta igualdad intrínseca del Hijo de Dios.

(I.6:1-4) Procura estar dispuesto, pues, a entregarle todo lo que has ocultado de la verdad a Aquel que la conoce, y en Quien todo se lleva ante ella. Lograremos salvarnos de la separación completamente o no lo lograremos en absoluto. No te preocupes por nada, excepto por estar

dispuesto a que se logre. Él será Quien lo logre, no tú.

Debemos estar dispuestos a llevar todas nuestras ilusiones – problemas,

preocupaciones, "pecados secretos y odios ocultos" (T-31.VIII.9:2) – a la verdad del Espíritu Santo. Esa es nuestra única responsabilidad y nuestra

única función. Nosotros no luchamos contra el ego, ni tratamos de

deshacerlo corrigiendo su mirada de formas; simplemente miramos sin

juicio al tomador de decisiones abrazado al sistema de pensamiento de culpa y especialismo. Eso es todo. La liberación presente de la culpa de nuestra mente es todo lo que requiere la salvación; cualquier otra cosa solo

hace real el error y refuerza la creencia en la existencia ilusoria del ego. La

voluntad de cambiar nuestras mentes en el presente, es la esencia del perdón, como leemos en “Sombras del pasado”:

(III.1:1-5) Perdonar no es otra cosa que recordar únicamente los pensamientos amorosos que diste en el pasado, y aquellos que se te dieron a ti. Todo lo demás debe olvidarse. El perdón es una forma selectiva de recordar que no se basa en tu propia selección. Pues las tenebrosas figuras que quieres hacer inmortales son “enemigos” de la realidad. Procura estar dispuesto a perdonar al Hijo de Dios por lo que él no hizo.

Hay dos niveles igualmente importantes para nuestra comprensión del perdón:

1) Cuando estamos enojados, acusamos a otros de quitarnos la paz; porque

hasta que hicieron o dijeron algo, estábamos felices y en paz. Esta es la

mentira que dice que fuerzas externas a la mente tienen el poder de destruir

nuestra felicidad. La verdad, sin embargo, es que solo la mente tiene el poder de elegir contra la paz de Dios. De ello se deduce, entonces, que perdonamos a otros por lo que no han hecho; no han tomado la paz de Dios

que era nuestra; solo la mente tomadora de decisiones tiene ese poder.

Leeremos más adelante:

El secreto de la salvación no es sino éste: que eres tú el que se está haciendo todo esto a sí mismo. No importa cuál sea la forma del ataque, eso sigue siendo verdad. No importa quién desempeñe el papel de enemigo y quien el de agresor, eso sigue siendo verdad. No importa cual parezca ser la causa de cualquier dolor o sufrimiento que sientas, eso sigue siendo verdad. Pues no reaccionarías en absoluto ante las figuras de un sueño si supieses que eres tú el que lo está soñando. No importa cuán odiosas y cuán depravadas sean, no

podrían tener efectos sobre ti a no ser que no te dieras cuenta de que se trata tan sólo de tu propio sueño. (T-27.VIII.10)

Estos ataques percibidos no solo se basan en lo que creemos que se nos está

haciendo ahora, ya que la mente continuamente recupera recuerdos del

pasado para apoyar la necesidad de vernos tratados injustamente. El perdón

borra suavemente estos pensamientos pasados al elegir en el presente recordar solo la "bondad" y la "atención" de las personas (T-

27.VII.15:3-4),

no dándole ya a su ego la opción de poder alterar nuestra bondad y atención.

2) En un nivel más profundo, perdonamos al mundo por lo que no ha hecho

porque ¿cómo puede una ilusión hacer algo? El mundo inexistente consiste

en figuras oníricas que nuestras mentes ponen allí para proyectar la culpa

que no queremos. No es el mal en los demás lo que requiere perdón, sino el

pecado que hemos hecho real en nosotros mismos, el cual necesita deshacerse. El pasado, que es el hogar de los resentimientos no perdonados,

desaparece en su propia nada mientras recordamos en el presente del instante santo, nuestra realidad amorosa como el único y por siempre impecable Hijo de Dios.

(III.5:1-2) ¿Cómo puede el Espíritu Santo introducir Su interpretación de que el cuerpo es un medio de comunicación en las relaciones cuyo único propósito es separarse de la realidad? Lo que el perdón es, es lo que le capacita para hacerlo.

Lo que permite al Espíritu Santo reinterpretar el cuerpo es el simple reconocimiento de que es el objeto de proyección de los contenidos rechazados de la mente. Él nos enseña que el cuerpo y todo lo percibido

como eventos mundanos no son ni más ni menos que una imagen externa de

la decisión de la mente por el ego o el Espíritu Santo. Tal comprensión es la

esencia del perdón, lo que permite que nuestro enfoque cambie del mundo externo de especialismo al mundo interno de separación. El propósito del cuerpo ya no es dar testimonio del pecado de otro, ocultando así nuestra decisión por el ego. Más bien, se ha convertido en un aula para enseñarnos que el cuerpo nunca ha abandonado su fuente en la mente, que es la fuente de toda comunicación, ya sea de la mente correcta o de la mente errada. De esta forma el cuerpo se convierte en un instrumento del perdón, reemplazando la necesidad del ego de expresar y preservar la culpa. (III.5:3-5) Si se ha olvidado todo, excepto los pensamientos amorosos, lo que queda es eterno. Y el pasado transformado se vuelve como el presente. El pasado deja de estar en conflicto con el ahora. En el instante santo nos damos cuenta de que no hay pasado porque no hay pecado de separación. Miramos hacia atrás en nuestra vida y sabemos que todo en ella contribuyó a reforzar el sistema de pensamiento del ego de victimización, privación y dolor, o el sistema de pensamiento de Expiación del Espíritu Santo que enseña que la separación nunca ocurrió. El error de creer que somos víctimas de cualquier persona o cosa, excepto de la elección equivocada de la mente, no se cometió en el pasado, sino que se comete en el presente, el único momento que existe. El pasado ilusorio se puede curar solo deshaciendo nuestras elecciones equivocadas ahora, en la decisión de la mente por el instante santo. (III.5:6-7) Esta continuidad extiende el presente al aumentar su realidad y su valor en la percepción que tienes de él. En estos pensamientos amorosos, y oculta tras la fealdad de la relación no santa



en la que se encuentra el odio, se encuentra la chispa de belleza dispuesta a cobrar vida tan pronto como se le entregue la relación a Aquel que le infunde vida y belleza.

Una vez más, no estamos hablando de lo externo. Podríamos estar en un campo de concentración y todavía percibir la situación como hermosa. La fealdad no es del mundo ni del cuerpo, ya que estos son sólo la proyección exterior de la fealdad de la culpa que la mente hizo real. ¿Cómo puede haber algo bello o feo en un mundo que no existe? El auto-concepto distorsionado que la culpa proyecta en el sombrío mundo de las relaciones especiales desaparecen en el brillo del instante santo, la chispa de la belleza que el ego pensaba esconder detrás de sus nubes de culpa y odio.

Hemos visto el tema importante de que la percepción es interpretación. No es lo que nuestros ojos “ven objetivamente” lo que es el problema, sino la manera en que interpretamos lo que ven. El mundo ciertamente tiene estándares de belleza y santidad que cambian a lo largo de generaciones, tanto dentro como entre culturas. Esta es sólo una reacción de la mente que fabrica las cosas hermosas, deseables y valiosas, o las feas, indeseables y sin valor. Estos juicios se vuelven de mentalidad-correcta en la medida en que contribuyen a nuestro aprendizaje de que la belleza y la fealdad sólo están determinadas, respectivamente, por la decisión de la mente en favor del Amor del Espíritu Santo o del amor especial del ego.

(III.5:8-9) Por eso es por lo que la Expiación se centra en el pasado, que es la fuente de la separación y donde ésta debe ser des-hecha. Pues la separación debe ser corregida allí donde fue concebida. Debemos mirar los errores de nuestro pasado, no porque existan allí, sino porque allí es donde creemos que están. Necesitamos mirar nuestras

acusaciones y darnos cuenta de que estamos acusando a otros de lo que nos hemos acusado en silencio en el pasado, aunque solo sea hace dos minutos.

Esta es una decisión que tomamos en el presente, y es esta decisión errónea la que necesita corrección. Por eso Jesús nos enseña, para que entendamos para qué permitimos nuestras relaciones especiales y seguimos siendo adictos a ellas. La atracción por el marco de especialismo es la atracción por el cuadro de culpa y muerte que el marco oculta. Comprender estas dinámicas fundamentales del ego nos ayudan a darle sentido a nuestras vidas – pasadas, presentes y futuras – permitiéndonos entregarlas a la Expiación en paz y dicha.

(III.6:1-2) El ego trata de “resolver” sus problemas, no en su punto de origen, sino donde no fueron concebidos. Y así es como trata de garantizar que no tengan solución.

El tema de la estrategia del ego de ocultación y engaño se articula una vez más. Para preservar su identidad y proteger la disolución del yo especial, el ego nos convence de resolver el problema de la culpa de la mente en el nivel corporal, donde no fue concebido y donde no se puede resolver. Al cambiar de lugar el problema a través de la proyección, el ego se asegura su propia supervivencia, su cuadro de separación está protegido para siempre por los marcos mundanos que ofrecen la promesa de amor, felicidad y libertad del dolor.

(III.6:3) Lo único que el Espíritu Santo desea es resolver todo completa y perfectamente, de modo que busca y halla la fuente de los problemas allí donde ésta se encuentra, y allí mismo la deshace.

Una vez más, la fuente de todos los problemas percibidos está en la mente,

no en el mundo. Por eso pedirle a Jesús haga cosas por nosotros aquí nunca cura o ni realmente resuelve nada. Al final, únicamente se reproduce y se refuerza una relación especial con él en la que él satisface nuestras aparentes necesidades y resuelve nuestros aparentes problemas. En cambio, él nos enseña a pedir su ayuda para encontrar el verdadero problema, en la mente, porque sólo allí puede resolverse completa y perfectamente. En otras palabras, llevamos nuestras proyectadas preocupaciones a su fuente, donde el amor de Jesús suavemente proporciona la solución.

(III.6:4-7:1) Y con cada paso del proceso de deshacer que Él lleva a cabo, la separación se va deshaciendo más y más, y la unión se vuelve cada vez más inminente. Ninguna "razón" que hable en favor de la separación le causa confusión alguna. Lo único que percibe en la separación es que tiene que ser des-hecha. Permite que Él descubra la chispa de belleza que se encuentra oculta en tus relaciones y te la revele. Su belleza te atraerá tanto, que no estarás dispuesto a perderla de vista nuevamente. Y dejarás que esta chispa transforme la relación de modo que la puedas ver más y más. Pues la desearás más y más, y estarás cada vez menos dispuesto a que esté oculta de ti. Y

aprenderás a buscar y a establecer las condiciones en las que esta belleza se puede ver.

Harás todo esto gustosamente, sólo con que le dejes mantener la chispa delante de ti para que alumbre tu camino y puedas verlo con claridad. E No tenemos que analizar nada de la conducta del ego, pero necesitan sólo sabemos que se optó por la separación porque preferimos nuestra individualidad, la razón por la que elegimos para disfrutar continuamente nuestras adicciones a ser especial en sus múltiples formas. Ahora nos damos cuenta de que ninguno de ellos nos va a conseguir lo que queremos, por las formas de nuestro error son irrelevantes, siendo su única finalidad de

ocultar el contenido único de la decisión de la mente para la separación y la miseria.

Está claro que Jesús apela a nuestra motivación egoísta de querer ser feliz,

que nos dice que no vamos a tener éxito en la consecución de este objetivo

por nuestros sueños especiales; temporalmente tal vez, pero siempre habrá

una reacción de culpa a estropear la alegría del triunfo. Al elegir el marco

de lo especial que estamos eligiendo la imagen de la muerte. Sin embargo,

como todos podemos atestiguar, adicciones a ser especial son tan potentes y

nuestras necesidades tan abrumadora que es casi inconcebible que es la

mente la que dirige el cuerpo de acuerdo a su necesidad adictiva para preservar la culpa. Siendo este el objetivo del ego, que percibimos como

todas las cosas que sirven para cumplir con ese objetivo de la culpabilidad

de conservación durante el curso de nuestras vidas. Aún así, podemos elegir

otra manera, por la belleza de la relación perdonados nos atrae como ninguna chuchería de ser especial nunca puede. Una vez que experimentamos la paz que viene cuando nos liberamos de las sentencias y

demandas, no podemos negar la verdad chispa del instante santo de la belleza. Ciertamente podemos tratar, pero al final la atracción del amor

trasciende la atracción de la culpabilidad.

No obstante, hay que reconocer la necesidad de ir poco a poco, paso a paso,

como nuestra identificación con la oscuridad de la culpa nos hace temer la

luz ( “La atracción de la culpabilidad produce miedo al amor” [T-19.IVA.10: 1]). Leer el pasaje anterior, podemos ver cómo Jesús nos conduce

lenta y seguramente, su amor apacible mantener el ritmo suave con nuestro miedo, su bondad iluminando el camino a través del laberinto de desierto del ego de la culpa, el odio y la desesperación. Adagio molto (muy lento) sigue siendo Jesús ritmo escogido por su sinfonía, apaciguar el miedo suavemente hasta que se disuelva en el suave resplandor de amor del cielo; un modelo maravilloso para la forma en que debe estar en la presencia del miedo y la culpa de otras personas.

Llegamos ahora a una repetición de otro tema importante, la unidad del

Hijo de Dios:

(III.7:2-3) El Hijo de Dios es uno. A Quienes Dios ha unido como uno, el ego no los puede desunir.

Esta es una referencia al evangelio donde se dice: "Lo que Dios ha unido,

no lo separe el hombre" (Mateo 19:6). Si bien la Iglesia Católica ha tomado

esto como una sentencia contra el divorcio, Jesús convierte las palabras en

una reafirmación del principio de la Expiación: "El Hijo a Quien Dios ha unido como uno no puede ser separado o fragmentado por el loco sistema

de pensamiento de separación del ego". A pesar de lo que parece ser, una

ilusión nunca puede cambiar la creación unificada de Dios de ser lo que es

y siempre será.

(III.7:4) Por muy oculta que se encuentre en toda relación, la chispa de la santidad no puede sino estar a salvo.

Esta chispa está en todos, reflejando dentro del sueño los "Grandes Rayos"

o la luz de Cristo. Ninguno de todos los subterfugios, camuflajes o velos del

ego pueden afectar la santidad natural de nuestra mente, que se mantiene

resguardada por el Espíritu Santo en nuestra mente correcta,  
esperando  
nuestra decisión de reunirnos con ella y de recordar que ella es nuestro  
Ser.

(III.7:5-7) Pues el Creador de la única relación que existe no se ha  
excluido a Sí Mismo de ninguno de sus aspectos. Éste es el único  
aspecto de la relación que el Espíritu Santo ve porque sabe que  
únicamente ese aspecto es verdad. Tú has hecho que la relación sea  
irreal y, por lo tanto, no santa, al verla como no es y donde no está.  
Parece que existen relaciones entre los cuerpos, pero solo están en la  
mente.

El perdón no ocurre entre personas, porque la relación especial es solo  
la

alianza de la mente con el ego. Ya que la proyección da lugar a la  
percepción y nuestra alianza con el ego es un ataque a Dios, hacemos  
sutiles alianzas de odio con algunas personas (amor especial),  
mientras que

atacamos abiertamente a otras (odio especial). Una vez más, el  
problema no

son las relaciones especiales que experimentamos aquí en "un marco  
mundano" (S-2.III.7:3), sino la decisión de la mente por el ego. Como  
Jesús

sabe dónde está la solución de la Expiación, no le pedimos ayuda  
realmente

cuando le pedimos perdonar aquí, porque estamos exigiendo su ayuda  
en

nuestras condiciones. Esto siempre significa no volver a la mente  
donde la

chispa de nuestra relación con Dios - "la única relación real" (T-15.VIII)

-

ha sido guardada para nosotros por Jesús, quien es la Expiación  
(T1.III.4:1).

(III.7:8-9) Entrégale el pasado a Aquel que puede hacer que cambies  
de

parecer con respecto a él por ti. Pero asegúrate antes que nada de que  
te das cuenta plenamente de lo que has hecho que el pasado  
represente,

y por qué.

Nuestro tema del propósito regresa. Necesitamos entender por qué  
usamos a

las personas como lo hacemos y cómo empleamos el pasado para justificar nuestra necesidad presente de especialismo en la que las adicciones compensan el amor que creemos que se nos negó, en un nivel por nuestros padres, y luego ontológicamente por Dios. Debemos creer que otros nos lo niegan, incluido Dios, ya que esto es una defensa contra el pensamiento secreto de que nosotros negamos a nuestro Creador: Dios no nos traicionó, sino que lo traicionamos usurpando Su función de creación. Asimismo, Jesús y nuestros hermanos no nos traicionaron; nosotros creemos en secreto que los traicionamos al satisfacer nuestras necesidades especiales a sus expensas. Además, traicionamos a otros por la creencia de que pueden herirnos, dándole a su ego un poder que no tiene, y negando así su realidad como Cristo. La verdad, sin embargo, es que nadie puede traicionarnos excepto el yo tomador de decisiones que cree que ha elegido contra Sí Mismo. Nuestra resistencia a aceptar este hecho es la razón por la que Un Curso de Milagros es tan difícil de entender y aún más desafiante de vivir, y por qué queremos convertir a Jesús en alguien que no es. La conclusión es que no queremos perder nuestra identidad individual y especial. (VII.8:1-2) Considera, no obstante, lo que sigue a continuación, y descubre la causa de tu falta de fe: crees que la razón por la que tienes algo contra tu hermano es por lo que él te hizo a ti. Mas por lo que realmente lo culpas es por lo que tú le hiciste a él. Esto no se refiere a algo que hicieron nuestros cuerpos, porque lo que realmente les hicimos a nuestros hermanos fue verlos como egos, el significado de la falta de fe. Esto es inevitable si nos vemos a nosotros mismos como egos – la proyección da lugar a la percepción – ya que seguramente los acusaremos de vernos de esa manera. Recuerda este muy

significativo párrafo de un movimiento anterior de nuestra sinfonía que se

hace eco de esta enseñanza:

Cada hermano con quien te encuentras se convierte en un testigo de Cristo o el ego, dependiendo de lo que percibas en él. Todo el mundo te convence de lo que quieres percibir y de la realidad del reino en favor del cual has decidido mantenerte alerta. Todo lo que percibes da testimonio del sistema de pensamiento que quieres que sea verdadero. Cada uno de tus hermanos tiene el poder de liberarte, si tú decides ser libre. No puedes aceptar falsos testimonios acerca de un hermano a menos que hayas convocado falsos testigos contra él. Si no te habla de Cristo, es que tú no le hablaste de Cristo a él. No oyes más que tu propia voz, y si Cristo habla a través de ti, le oirás.

(T11.V.18; cursivas añadidas)

No podríamos acusar a otros de no-ser-como-Cristo para nosotros sin antes

habernos acusado a nosotros mismos de no-ser-como-Cristo para ellos.

Una

vez más, esto es independiente del comportamiento de la otra persona. La

percepción es interpretación, no un hecho. No es lo que vemos, sino con

quién lo vemos – con el ego o con Jesús.

(VII.8:3-4) No le guardas rencor por su pasado sino por el tuyo. Y no tienes fe en él debido a lo que tú fuiste.

Esta es la pregunta: ¿ponemos nuestra fe en el ego o en el Espíritu Santo? Si

es en el primero, hemos juzgado nuestro pasado como pecaminoso, el cual

lo proyectamos sobre otro; si es en el último, hemos puesto la fe en Su propósito de liberar el pasado a través del perdón, llamando a otros a hacer

lo mismo.

(VII.8:5-13) Tú eres, sin embargo, tan inocente de ello como lo es él. Lo que nunca existió no tiene causa, ni está ahí para obstruir a la verdad. La falta de fe no tiene causa; la fe, en cambio, sí tiene Causa. Esa Causa

ha entrado a formar parte de toda situación que comparta Su propósito. La luz de la verdad brilla desde el centro de la situación, y ejerce influencia sobre todos aquellos a quienes el propósito de la



situación llama. Y llama a todo el mundo. No hay situación que no incluya a toda tu relación, a todos sus aspectos y a todas sus partes.

No

puedes excluir ningún aspecto de ti mismo y esperar que la situación siga siendo santa. Pues ese aspecto comparte el propósito de tu relación

en su totalidad y deriva su significado de ella.

La justificación de nuestra fe es la verdad de Dios: la Causa que es Su Unidad viviente y amorosa. Al querer sólo esto en la tierra, los intereses

compartidos que reflejan la unidad del Cielo, elegimos contra la falta de fe

de la exclusividad de la relación especial. Habiendo elegido a Jesús como

nuestro maestro, compartimos su visión que ve todas las relaciones como

iguales, porque la luz de su perdón brilla por igual en todas las situaciones,

sin excepción. Debe ser así, ya que el Hijo de Dios es uno y las ideas no

abandonan su fuente. Por lo tanto, cuando elegimos la Causa de la fe y no la

causa de la falta de fe, nuestras mentes unidas se vuelven una en el efecto

natural de la curación. ¿Qué relación no sanada puede soportar la amable

fortaleza de la inocencia, mientras ésta extiende su amor para abrazar a

todos los aparentemente separados fragmentos de la Filiación, llamándolos

desde la falta de fe a la fe, desde la ilusión de especialismo a la verdad de

nuestra santidad?

(VII.9:1-2) A menos que la fe que tienes en tu hermano te acompañe en

toda situación, serás infiel a toda relación. Tu fe exhortará a los demás a que compartan tu propósito, tal como el propósito en sí invocó la fe en ti.

En cualquier instante dado elegimos entre la fe del Espíritu Santo y la falta

de fe del ego. Lo que decidimos refuerza esa misma decisión en otros porque las mentes están unidas, otro tema clave de la sinfonía de Jesús.

Nuestro hermano mayor nos insta a elegir la fe en él y en su sistema de pensamiento, ya que solo entonces encontraremos la paz que buscamos, al igual que nuestros hermanos. Elegimos no solo por nosotros mismos sino por la Filiación en su conjunto - "Cuando me curo, no soy el único que se cura" (L-pl.137).

(VII.9:3) Y verás los medios que una vez empleaste para que te condujesen a las ilusiones, transformados en medios que te conducen a la verdad.

Por nuestra decisión, el poder de la mente para elegir la falta de fe se transforma en el propósito de elegir la fe. Nada externo ha cambiado necesariamente, pero nuestras mentes tomadoras de decisiones finalmente han elegido el aula de relaciones del Espíritu Santo para aprender que las ilusiones no tienen poder para afectar la realidad. En ese instante santo de curación, el Cielo se prefiere al infierno y al reinado tiránico del ego sobre la verdad le llega su fin.

(VII.9:4-6) La verdad invoca la fe, y la fe le hace sitio a la verdad. Cuando el Espíritu Santo cambió el propósito de tu relación al intercambiar el tuyo por el Suyo, el objetivo que estableció en ella se extendió a toda situación en que jamás puedas verte envuelto. Y así liberó del pasado todas las situaciones que éste habría desprovisto de significado.

Una vez que elegimos la meta del perdón del Espíritu Santo, cambiando nuestra mente sobre nosotros mismos, cada situación se alinea, convirtiéndose en un vehículo (forma) para nuestro cambiado propósito (contenido). Nosotros no solo entendemos que todo lo que percibimos afuera es una proyección de lo que hemos hecho real adentro, sino que

hemos hecho esto intencionalmente para evitar elegir el Amor de Dios. Habiendo elegido el amor especial del ego en cambio, conservamos la existencia separada que inventamos, y no queremos perder. La verdad requiere tener fe en nuestra decisión de desterrar el ego que está arraigado en el pasado y hacer espacio en nuestras mentes para ser sanados por la sencillez del presente eterno en el que todos son sanados como uno, corrigiendo la ancestral decisión que atacaba a la Filiación y a su Creador como uno.

La oración 2 del siguiente párrafo nos resulta familiar del Capítulo 16: (VII.10) Invocas la fe por razón de Aquel que te acompaña en toda situación. Ya no estás completamente loco ni tampoco solo. Pues la idea

de que en Dios puede haber soledad no puede sino ser un sueño. Tú, cuya relación comparte el objetivo del Espíritu Santo, has sido alejado de la soledad porque la verdad ha llegado. Su invocación a la fe es poderosa. No uses tu falta de fe contra la verdad, pues ésta te exhorta a que te salves y a que estés en paz.

La súplica constante de Jesús es que pongamos nuestra fe en él porque siempre está con nosotros, en lugar en la llamada a la falta de fe del ego. Lo

elegimos a él o al ego en función de nuestro objetivo: despertar del sueño

de individualidad y especialismo, o permanecer dormidos. Jesús nos anima

diciendo que hemos hecho un progreso considerable en nuestro viaje hacia

el puente que finalmente cruzaremos, porque hemos reconocido la verdad

que ya está dentro de nosotros, llamándonos gentilmente a unirnos a ella

mientras escuchamos su súplica para elegir la cordura en lugar de la locura.

Recuerda nuestra discusión en "Los dos cuadros", donde vimos el cuadro

del ego de la muerte ocultada con el marco de la relación especial.  
Pasamos  
ahora al otro cuadro, el instante santo que está fuera del tiempo y del espacio. Su marco, la relación santa, no está densamente ornamentado, pues su propósito es que veamos la imagen, no más allá de ella. Cuando permanecemos en el instante santo y ya no vamos y venimos entre nuestras mentes correctas y erradas, estamos en el mundo real. La imagen luego desaparece porque ya no es necesaria. Esto deja solo a Dios, nuestro mayor temor, porque en Él no hay "yo". Esto explica nuestra fuerte resistencia a aceptar el amor del Cielo, donde incluso en medio de la claridad de secciones como estas, nos resistimos a su simple verdad mientras todavía nos aferramos a nuestro querido yo personal.

(IV.11) El instante santo es una miniatura del Cielo, que se te envía desde el Cielo. Es también un cuadro, montado en un marco. Mas si aceptas este regalo no verás el marco en absoluto, ya que el regalo sólo puede ser aceptado cuando estás dispuesto a poner toda tu atención en el cuadro. El instante santo es una miniatura de la eternidad. Es un cuadro de la intemporalidad, montado en un marco de tiempo. Si te concentras en el cuadro, te darás cuenta de que era únicamente el marco lo que te hacía pensar que era un cuadro. Sin el marco, el cuadro se ve como lo que representa. Pues de la misma manera en que todo el sistema de pensamiento del ego radica en sus regalos, del mismo modo el Cielo en su totalidad radica en este instante, que se tomó prestado de la eternidad y se montó en el tiempo para ti. Siendo "una miniatura de la eternidad", el instante santo es también su reflejo, o la ventana que se abre a él. En otros lugares, la relación santa se describe como un "heraldo de la eternidad" (ver T-20.V), presagiando

nuestro estado eterno en el Cielo con Dios, nuestra “única relación real” (T15.VIII). Un Curso de Milagros nos enseña cómo experimentar que nosotros y los demás somos uno en propósito, un hecho que refleja la realidad de nuestra Unidad en Cristo. Se nos enseña a ver que la relación especial es el medio que el Espíritu Santo utiliza para ayudarnos a volver a nuestra relación con nuestro Creador. Por otro lado, el marco de la relación especial o no santa, tiene como propósito enraizarnos en la estructura del cuerpo para que no miremos el cuadro. El Espíritu Santo corrige esto con Su luminoso marco de luz, la relación santa que nos conduce al cuadro de luz, e incluso más allá de éste a la Fuente de la luz eterna. (IV.12:1-7) Se te ofrecen dos regalos. Cada uno de ellos es un todo en sí mismo y no puede ser aceptado parcialmente. Cada uno de ellos es un cuadro de todo lo que puedes tener, aunque desde una perspectiva muy diferente. No puedes comparar su valor comparando el cuadro de uno con el marco de otro. Debes comparar únicamente los cuadros, pues, de otro modo, la comparación no tendría ningún sentido. Recuerda que el cuadro es lo que constituye el regalo. Y sólo sobre esa base eres realmente libre de elegir. Estos son los regalos del ego y del Espíritu Santo. Cuando elegimos el ego, elegimos solo la culpa; cuando elegimos a Dios, elegimos solo el amor. Como hemos observado antes, esta es la aplicación de la mentalidad correcta del principio de uno u otro: no hay nada intermedio, el Cielo y el infierno no son estados parciales. Esto simplifica no solo nuestra elección, sino también nuestro vivir mientras pensamos que estamos aquí. La única opción significativa disponible para nosotros es entre la imagen del ego de

la culpa y la muerte y la del instante santo del Espíritu Santo. Estos son los

únicos contenidos de la mente, que es, por así decirlo, el lugar del destino,

el hogar de nuestro tomador de decisiones mientras todavía estamos dormidos.

(IV.12:8-11) Contempla los cuadros. Contempla los dos. Uno es un cuadro diminuto, difícil de ver bajo las pesadas sombras de su enorme y desproporcionado marco. El otro tiene un marco liviano, está colgado en plena luz y es algo maravilloso de contemplar.

Esta imagen de comparar dos cuadros se deriva de la dramática escena de

Shakespeare entre Hamlet y Gertrudis, donde el "Danés melancólico" confronta acusadoramente a su madre con el hecho de que su padre asesinado, el Rey Hamlet, fue víctima de un fratricidio (asesinado por un

hermano), a lo que sigue prontamente que su tío asesino asume al trono y

contrae matrimonio con la reina. Al presentarle a su madre las imágenes de

su padre y de su tío, "esa bestia incestuosa, ese adúltero", dice Hamlet:

Mira este retrato, y ahora éste;

imágenes son de dos hermanos [son hermanos sólo en la carne].

Ve la gallardía de este rostro, [de su padre];

los rizos de Hiperión [de Apolo], la frente de Júpiter;

.....

Él fue tu marido. Mira lo que sigue.

Este es tu marido, espiga podrida

que infecta a su hermano. ¿Tienes ojos?

¿Dejaste de pastar en tan hermoso monte

para cebarte en este páramo? ¿Eh? ¿Tienes ojos?

.....

¿Y qué juicio

llevaría de éste [su padre] a éste? [el tío]

(III,iv)

Siguiendo a nuestro príncipe, Jesús nos dice de manera similar: "Mira los

dos cuadros: en uno, hay una imagen de santidad, belleza y gracia; el otro,

es espantoso en su salvaje odio y fealdad. ¿Tienes ojos? Mira. ¿Cómo podrías tú, que ya no estás completamente loco, elegir la imagen del ego?

¿Qué loco juicio te haría pasar del amor al odio, de la vida a la muerte? Siempre que nos sentimos tentados a complacernos eligiendo abandonar

"este páramo" de vida para alimentarnos de las migajas del especialismo,

necesitamos pedir la ayuda de Jesús para mirar el ego a través de sus ojos.

Una vez más, esto no pretende infundir culpa, sino que veamos claramente

lo que hacemos. Jesús nos implora que miremos los dos sistemas de pensamiento, no comparando sus formas (los marcos) sino su contenido (los

cuadros). Nosotros pensamos que somos adictos a los señuelos seductores

del marco, el placer y el dolor del cuerpo, pero nuestra verdadera adicción

es al cuadro, la culpa de la mente. Esto nos protege de volver a la mente

tomadora de decisiones y elegir el amor en lugar del odio. Este tema de

mirar y comparar es la esencia del proceso de curación de Un Curso de Milagros, porque el Espíritu Santo sólo puede enseñarnos a través de comparaciones.

(IV.13:1) Tú que has tratado tan arduamente - y todavía sigues tratando - de encajar el mejor cuadro en el marco equivocado, y combinar de este modo lo que no puede ser combinado ...

Una vez más, Jesús habla de nuestros intentos de hacer que una relación

santa sea especial, tratando de encajar la mejor imagen (el instante santo) en

el marco equivocado (la relación especial). Hablamos de esto anteriormente, pero su importancia merece ser repasada.

Aterrorizados por

nuestras culpables mentes tomadoras de decisiones, buscamos todas y cada

una de las razones para identificarnos con el cuerpo. La más inteligente de

todas las artimañas del ego es llevar a Dios a su cuadro. Si Dios (o el Espíritu Santo y Jesús) están involucrados con el mundo de los cuerpos de alguna manera, este debe ser real, al igual que nuestra identidad física y el auto-concepto enterrado de la mente separada. Por eso, el ego – la parte de nosotros a la que le gusta ser nosotros – nos convence astutamente de que Jesús quiere mejorar el sueño, incluso para hacernos pensar que el perdón ocurre entre cuerpos separados. Advirtiéndonos, para volver a referirnos a la frase antes mencionada de El Canto de la Oración, dice: "... no intentes juzgar el perdón ni limitarlo a un marco mundano" (S-2.III.7:3). Jesús nos pide que no pongamos la "mejor imagen" del perdón (la mente) en el "marco equivocado" de especialismo (el cuerpo). Más bien, necesitamos su ayuda para llevar nuestra experiencia corporal a su presencia perdonadora en la mente, para que la mejor imagen esté en el marco correcto. (IV.13:1-6) ... acepta lo que sigue y regocíjate por ello: cada uno de estos cuadros está perfecta-mente enmarcado de acuerdo con lo que representa. Uno de ellos está enmarcado de forma que el cuadro esté desenfocado y no se pueda ver. El otro, de forma que su cuadro se vea con perfecta claridad. El cuadro de muerte y de tinieblas se hace cada vez menos convincente según logras dar con él entre todo lo que lo envuelve. A medida que se expone a la luz cada una de las piedras inertes que en la obscuridad parecían brillar desde el marco, dichas piedras se vuelven opacas y sin vida y cesan de desviar tu atención del cuadro. Y por fin miras al cuadro en sí, viendo finalmente que, sin la protección del marco, no tiene sentido. Una vez que miramos al ego, nos damos cuenta de su inherente nada, y este luego desaparece. Pero primero debemos mirar el especialismo que se nos ofrece, porque solo entonces podremos decir y significar que ya no



queremos los regalos de culpa, dolor (a menudo disfrazado de placer)  
y  
muerte del ego. Mientras nuestros ojos se abren a la verdad, la  
decisión  
cuerda se hace más clara y la oscuridad del ego pierde su significado  
porque  
no puede existir sin que valoremos sus juguetes de aparente dicha; los  
señuelos del ego que son preservados sólo por la inversión de la mente  
en el  
mundo corporal de las relaciones especiales. Habiendo visto la ilusión  
del  
amor por lo que es, ahora queremos el amor que Jesús nos ofrece en  
su  
lugar: la mejor imagen en el marco correcto.

(IV.14) El otro cuadro tiene un marco muy liviano, pues el tiempo no  
puede contener a la eternidad. No hay nada en él que te pueda  
distraer.

El cuadro del Cielo y de la eternidad se vuelve más convincente a  
medida que lo contemplas. Y ahora, después de haberse hecho una  
verdadera comparación, puede por fin tener lugar una transformación  
de ambos cuadros. Y a cada uno de ellos se le da el lugar que le  
corresponde una vez que se ve en relación con el otro. Cuando llevas  
el

cuadro tenebroso ante la luz, no lo percibes como algo temible, sino  
que  
por fin te das cuenta del hecho de que no es más que un cuadro. Y en  
ese momento reconoces lo que ves ahí tal como es: un cuadro de algo  
que pensabas que era real, y nada más. Pues más allá de ese cuadro  
no  
verás nada.

Necesitamos mirar la imagen para reconocer su naturaleza ilusoria – el  
significado del “hecho de que no es más que un cuadro” – lo que  
hacemos

al comparar los dos sistemas de pensamiento. Experimentando la  
gozosa  
paz que viene cuando nos unimos a otro en un interés compartido, y el  
dolor  
inevitable cuando nos separamos, no podemos evitar elegir el cuadro  
que

refleja la unidad de la eternidad. El tiempo no nos domina cuando liberamos nuestro control sobre el sistema de pensamiento del pecado, la culpa y el miedo del ego. ¿Cómo, entonces, podemos tomarnos en serio el mundo de ataque y muerte del ego? ¿Cómo, entonces, no podemos sino elegir el instante santo que nos lleva a casa, donde Dios espera al Hijo que nunca se fue, y a quien Él nunca dejó de amar como a Sí Mismo?

Pasamos ahora a partes de la sección "La relación que ha sanado", un término sinónimo de la relación santa. Esta sección enfatiza la relación santa como un proceso, aunque a menudo se habla de una entidad en sí misma. En la práctica, cambiamos continuamente de la relación especial a la santa, hasta que nuestro miedo disminuya y permanezcamos en la relación santa o en el instante santo, un estado que se equipara con nuestro estar en el mundo real. La relación santa no es más que un proceso de la mente tomadora de decisiones de mirar al ego sin juzgar. Sin entender esta parte esencial del perdón, estaríamos tentados a creer que nosotros y nuestros socios – de persona a persona – de hecho, tenemos relaciones santas, la corrección para nuestras relaciones especiales de persona-apersona. Este no es el verdadero significado de la relación, porque las enseñanzas de Jesús apuntan sólo a la decisión de la mente por el ego o el Espíritu Santo: la fuente de todas las relaciones, tanto santas como no santas.

(V.2:1-4) La relación santa, que es un paso crucial hacia la percepción del mundo real, es algo que se aprende. Es la relación no santa de antes, pero transformada y vista con otros ojos. La relación santa es un logro extraordinario. La relación santa es en todos sus aspectos – comienzo, desarrollo y consumación – lo opuesto a la relación no santa. El proceso de la relación santa, comenzando con una "pequeña dosis de

buena voluntad" y concluyendo con nuestra plena aceptación de la verdad,  
transforma nuestro mundo de las percepciones de sufrimiento y muerte a las  
de esperanza y felicidad. Estos son los peldaños hacia el logro del mundo  
real, en el que toda percepción se disuelve en el conocimiento de Dios. Sin  
embargo, el miedo a la disolución del ego (el yo separado) nos impide  
tomar una decisión en favor del Cielo en un instante, y saltar en  
seguida a  
los Brazos de nuestro Creador. Necesitamos ir gradualmente, como  
leeremos acerca del sueño de terror del ego:  
Mas ese sueño es tan temible y tan real en apariencia, que él [el Hijo  
de Dios] no podría despertar a la realidad sin verse inundado por el  
frío sudor del terror y sin dar gritos de pánico, a menos que un sueño  
más dulce precediese su despertar y permitiese que su mente se  
calmara para poder acoger – no temer – la Voz que con amor lo llama  
a despertar; un sueño más dulce, en el que su sufrimiento cesa y en el  
que su hermano es su amigo. (T-27.VII.13:4)  
(V.2:5-3:3) Consuélate con esto: la única fase que es difícil es el  
comienzo. Pues en esa etapa, el objetivo de la relación cambia de  
súbito  
a exactamente lo opuesto de lo que era antes. Éste es el primer  
resultado que se obtiene cuando se ofrece la relación al Espíritu Santo,  
a fin de que Él se valga de ella para Sus fines.  
El Espíritu Santo acepta esta invitación inmediatamente y no se  
demora ni un instante en ofrecerte los resultados prácticos derivados  
de  
haberle pedido que intervenga. Su objetivo reemplaza al tuyo de  
inmediato. Esto tiene lugar muy pronto, pero parece alterar la relación,  
descoyuntarla, e incluso producir gran tensión.  
El proceso de perdón y sanación puede ser extremadamente  
perturbador  
porque la base misma de nuestra existencia está amenazada. Lo que  
mantiene intacta la imagen de la culpa, protegiéndonos de elegir  
contra ella  
y en favor del Espíritu Santo, es la relación especial. Si comenzamos a  
cuestionar nuestro especialismo, su estructura aparentemente sólida

comienza a desmoronarse y de repente nos enfrentamos con la terrorífica imagen del yo pecaminoso, detrás de la cual está el recuerdo de la mentalidad-correcta que nos despertaría al verdadero Ser. A la descripción de Jesús de esta etapa como alterada, descoyuntada y tensa [disturbed, disjunctive, and distressing (nótese el aliterado d) en inglés] podemos agregar también desesperante. Mientras el ego se agita salvajemente en sus feroces intentos de salvarse de la embestida de la decisión de la mente por el perdón, Jesús nos advierte que seamos sabios ante su nefasta conspiración: (V.3:8-9) Muchas relaciones se rompen en este punto, reanudándose la búsqueda del viejo objetivo en otra relación. Pues una vez que la relación no santa acepta el objetivo de la santidad, jamás puede volver a ser lo que era antes. Cuando las cosas comienzan a cambiar y la ansiedad se acumula al mirar la imagen del ego, surge la tentación de deshacerse de la relación y empezar de nuevo con una diferente, una nueva pareja especial que parece presentar la salvación de una manera en que la anterior no lo hizo. Es el mismo contenido de culpa con una forma diferente, la misma necesidad de escapar de la amenaza de que el tomador de decisiones cambie su mente y vuelva a elegir. Sin embargo, esto no significa necesariamente que debemos permanecer en una relación abusiva, sino que estamos hablando solo de un cambio en el pensamiento. Debemos ser conscientes de que si nos vemos impulsados a dejar una relación no debemos hacerlo por nuestra cuenta, ni porque temamos lidiar con la culpa subyacente. En otras palabras, antes de actuar, le pedimos ayuda a Jesús para ver cualquier interferencia del ego

para actuar desde nuestras mentes correctas. Él nos está animando a que deshagamos en lugar de que hagamos algo, el significado del milagro que contiene su capacidad para sanar.

(V.4:1-3) La tentación del ego se vuelve extremadamente intensa con este cambio de objetivos. Pues la relación no ha cambiado aún lo suficiente como para mantenerse completamente inmune a la atracción

de su objetivo previo, y su estructura se ve “amenazada” cuando se reconoce lo inadecuada que es para satisfacer su nuevo propósito. El conflicto entre el objetivo y la estructura de la relación es tan evidente, que no pueden coexistir.

A medida que practicamos este curso y que nuestra comprensión de su enseñanza se profundiza, llevamos nuestra atención desde la relación especial del cuerpo hacia lo que éste defiende: el vasto depósito de odio a sí

misma de la mente. Y detrás de eso, la mentira del ego continúa, ya que ahí

está el dios iracundo y maníaco, empeñado en destruirnos. El ego nos advierte amenazadoramente: “Si continúas perdonando, abandonando tus

resentimientos y ya no te ves a ti mismo como una víctima, si continúas

liberándote de tu especialismo y regresas a la mente, serás aniquilado”. Al

escuchar la fatal voz del ego, el terror regresa rápidamente y saltamos una

vez más a los reconfortantes brazos de la relación especial.

Para repetir lo que acabamos de discutir, como puede ser difícil cambiar

nuestra relación actual para que coincida con el cambio de propósito, estamos tentados a tirar por la borda a nuestro socio especial y encontrar a

alguien o algo más para satisfacernos; de lo contrario, permanecemos en la

relación, pero sutilmente la volvemos a hacer especial. Esto es lo que sucede con Jesús, un ejemplo de las palabras de apertura del capítulo sobre

la relación santa es que es la respuesta a la relación especial, que el ego contrarresta convirtiendo la relación santa de regreso a una especial. Si la relación con Jesús se trata de volver a la mente, entonces se le puede ayudar a esta a cambiar su decisión por el ego, pero como no queremos dejar ir nuestro especialismo, desplazamos la relación con él de la mente al cuerpo, con el Jesús especial que ahora nos ayuda a arreglar nuestros mundos personales y colectivos. Esto refuerza inteligentemente nuestra experiencia como un yo físico/psicológico, lo que impide cualquier retorno a la mente y un cambio genuino.

Considera la historia de las Iglesias Cristianas. Desde el principio tomaron la relación santa con Jesús (y no nos referimos a la figura bíblica del mismo nombre), que se basaba en ayudar a las mentes de las personas a que despierten del sueño del ego y a que dejaran de hacerlo especial a él. El

Jesús del ego nos ayuda no solo a vivir mejor en el mundo como cuerpos, sino que cuando sufrimos, nos sacrificamos y morimos por él, como nos

dice el mito que Jesús lo hizo por nosotros, se nos enseña que resucitaremos

como cuerpos como él lo hizo. De hecho, preservar y afirmar el yo individual y especial es nuestra meta perpetua, con Jesús o con cualquier

otra persona, y moveremos cielo y tierra para alcanzarla.

Curiosamente, también encontramos este fenómeno con Un Curso de Milagros. En lugar de usarlo para acabar con el especialismo, el cual es su

objetivo para nosotros, muchos estudiantes acaban formando relaciones

especiales con el Curso, haciendo que sus grupos o comunidades sean

especiales. Además, hay canciones, obras de teatro, rituales y todas y cada una de las demás actividades concebibles, que se basan en el Curso, al menos en la forma. Ciertamente no hay nada de malo en esta actividad siempre y cuando no se tome demasiado en serio, ya que nunca es la forma lo que es el problema, sino el propósito detrás de ella. Es importante que los estudiantes estén conscientes que cuando escuchan la seductora voz del ego, no pueden tolerar no ser especiales. Toman algo cuyo propósito es deshacer el ego y lo convierten en un medio para reforzarlo. Este es otro ejemplo de lo que vimos antes: intentar poner la imagen correcta (Un Curso de Milagros) en el marco equivocado (especialismo).

(V.5) Cambiar el objetivo gradualmente no sería más benévolo, pues el contraste perdería definición y ello le daría tiempo al ego para reinterpretar cada paso a su antojo. Sólo un cambio de propósito radical puede producir un cambio de parecer absoluto con respecto al objetivo de la relación. Según va produciéndose este cambio y hasta que finalmente se logra, la relación se vuelve progresivamente más grata y benéfica. Pero al principio, la situación se experimenta como muy precaria. Pues es una relación que dos individuos emprendieron para seguir sus fines profanos, que de pronto tiene por objetivo la santidad. Cuando dichos individuos contemplan su relación desde el punto de vista de este nuevo propósito, se sienten inevitablemente horrorizados. Su percepción de la relación puede incluso volverse bastante errática. Sin embargo, la manera en que su percepción estaba organizada antes ya no sirve para el objetivo que han acordado alcanzar. Esto se refiere a la necesidad de que reconozcamos el propósito al que sirven nuestras relaciones especiales en la corrección que es la Expiación.

Aunque nuestro mirar engendra miedo, es necesario establecer un marco en el que nuestro camino con Jesús y su curso puedan ayudarnos a comprender

lo que realmente está sucediendo. De lo contrario, sería demasiado fácil para el especialismo del ego levantar su fea cabeza y colarse en nuestra práctica, cambiando sutilmente el enfoque de la mente al cuerpo. El ego quiere que "trabajemos" en la relación entre nosotros y nuestros socios especiales, en lugar de liberar la inversión de la mente en separación e individualidad, y así unirse al Espíritu Santo en una genuina relación santa.

Nuestro miedo a dejar el sueño precipita la experiencia de precariedad y desorganización. La culpa que había sido enterrada bajo la seducción de la relación especial ahora se convierte en una realidad experimentada, y el terror reemplaza rápidamente las ilusiones de amor que habían mantenido nuestro odio a nosotros mismos oculto. Claramente, la defensa del especialismo ya no es efectiva frente a la meta recién elegida del perdón, a la cual sigue inevitablemente un período de confusión. Más que nunca en este punto necesitamos la base del amor reconfortante de Jesús para apoyarnos mientras continuamos con lo que el ego nos dice que es un viaje peligroso. Continuar, entonces, depende de nuestra fe: (V.6:1) Ahora es el momento en que hay que tener fe.

Cuando termina el período de luna de miel con Un Curso de Milagros, los estudiantes a menudo comienzan a sentirse ansiosos, informando que las cosas están empeorando en lugar de mejorar. En verdad, las cosas siempre fueron malas porque el sistema de pensamiento del ego nunca desapareció, solo fue enterrado. Con la exposición de la imagen de la culpa, sin embargo, previamente oscurecida por el marco del especialismo, la incomodidad en la



presencia del ego se vuelve cada vez más palpable. La fe a la que se refiere

Jesús está en el proceso de perdón que nos llevó a este punto, y bajo su

gentil guía nos conducirá a través de las tinieblas hacia el amor que es nuestra meta:

(V.6:2-5) Permitiste que el objetivo se estableciese por ti. Eso fue un acto de fe. No pierdas la fe, ahora que se te están brindando las recompensas por tener fe. Si creíste que el Espíritu Santo estaba presente para aceptar la relación, ¿por qué no ibas a creer ahora que todavía sigue presente para purificar lo que aceptó dirigir?

Jesús nos dice que no nos deshagamos del bebé con el agua del baño. Debemos seguir mirando nuestras relaciones especiales, recordando el

propósito al que el mundo estaba destinado a servir: protegernos de la culpa. Una vez más, al abordar el problema de la decisión de la mente por la

culpa, el miedo es inevitable, especialmente porque los regalos de paz del

Espíritu Santo están siendo aceptados lentamente por nuestras mentes correctas. Pero mientras tomamos la mano que siempre ha sostenido la

nuestra, recordamos la meta que aceptamos. Siguiendo la luz de la promesa

de Jesús, continuamos el viaje y no dejamos que las tentaciones de placer o

dolor del ego nos desanimen del amor por el que nuestros corazones anhelan por encima de todo. Confiamos en que el dolor de la culpa que salvaguardaba el especialismo no es más fuerte que el amor que nos llama

desde más allá de las sombras del miedo y el odio.

(V.6:6-9) Ten fe en tu hermano durante lo que tan sólo parece ser un período difícil. El objetivo ya está establecido. Y la cordura es el propósito de tu relación. Pues la relación que tienes ahora es una relación demente, reconocida como tal a la luz de su objetivo.

Tener fe en nuestro hermano significa que sabemos que más allá de su ego

está el recuerdo de Dios, como está más allá del nuestro. Nuestra voluntad

de aplicar esta fe por igual a nosotros mismos y a todas las personas  
nos  
permite tener esta visión. El perdón, el único objetivo significativo en  
un  
mundo desprovisto de significado, no se puede realizar si excluimos a  
alguien de la unidad de la Filiación: una Mente de Cristo, una mente de  
separación. El ego nos tienta a encontrar faltas en nuestros socios  
especiales, pero hemos aprendido que la locura de tales juicios busca  
destruir la meta de la cordura y la verdad. Reconocer nuestra  
necesidad y  
objetivo común nos permite trascender esta locura y continuar el viaje  
hacia  
la luz de nuestro Ser.

(V.7:1-5) Ahora, el ego te aconseja: "Substituye esta relación por otra  
en la que puedas volver a perseguir tu viejo objetivo. La única manera  
de liberarte de la angustia es deshaciéndote de tu hermano. No tienes  
que separarte de él del todo si no quieres hacerlo. Pero tienes que  
excluir de él gran parte de tus fantasías para poder conservar tu  
cordura". ¡No hagas caso de estos consejos!

Es tentador en este punto proyectar nuestra culpa de nuevo, ya que el  
ego

trata desesperadamente de reagrupar su defensa de amor y odio  
especial. De

esta manera manejamos el terror de enfrentar nuestra culpa y la  
amenaza de

inminente destrucción a manos de una deidad enloquecida y contra la  
que

hemos pecado. O lanzamos otro odio especial ofensivo contra nuestra  
pareja y la dejamos por otra, o mantenemos el amor especial negando  
las

fantasías destructivas y protestando por nuestro amor y preocupación  
hacia

ella. Sin embargo, Jesús nos suplica que volvamos a elegir: "¡No hagas  
caso

de estos consejos del ego! La cordura llama, ¿no escucharías su suave  
Voz?"

(V.7:6-14) Ten fe en Aquel que te contestó. Él te oyó. ¿Acaso no fue  
muy

explícito en Su respuesta? Ya no estás completamente loco. ¿Puedes  
acaso negar que Él fue muy explícito en lo que te dijo? Ahora te pide

que sigas teniendo fe por algún tiempo, aunque te sientas desorientado.

Pues eso pasará, y verás emerger lo que justifica tu fe, brindándote una

incuestionable convicción. No abandones al Espíritu Santo ahora, ni abandones a tu hermano. Esta relación ha vuelto a nacer como una relación santa.

Tenemos fe no solo en nuestro hermano, en quien la luz de Cristo brilla en

medio de las tinieblas del ego, sino en Aquel Que es nuestro Maestro y Amigo. Necesitamos retirar la fe en el sistema de pensamiento de separación y ataque del ego, y colocarla únicamente en las enseñanzas del

Espíritu Santo sobre los intereses compartidos que encontramos en Un Curso de Milagros y en nuestra experiencia personal. Al elegir de nuevo,

hemos elegido la santidad en lugar del especialismo, y en ese bendito instante todas las relaciones renacen y se curan.

(V.8) Acepta gustosamente lo que no entiendes, y deja que se te explique a medida que percibes cómo opera en ella este nuevo propósito para hacerla santa. No te faltarán oportunidades de culpar a tu hermano por el “fracaso” de vuestra relación, pues habrá momentos en que ésta parecerá no tener ningún propósito. Una sensación de estar

vagando a la deriva vendrá a atormentarte y a recordarte las múltiples maneras en que antes solías buscar satisfacción y en las que creíste haberla encontrado. No te olvides del dolor que en realidad encontraste, ni le infundas vida a tu desfallecido ego. Pues tu relación no ha sido destruida. Ha sido salvada.

La fe que hemos puesto en el Espíritu Santo y Su proceso de perdón nos

permite observar el odio del ego en acción mientras buscamos salvar nuestra relación especial a través de la seducción y el sacrificio.

Nuestro

Maestro nos recuerda gentilmente la miseria que nos ha traído el especialismo, y el gozo que Su mensaje nos asegura. A pesar de nuestra

ansiedad y desesperación, todo está bien y las reconfortantes últimas líneas

del párrafo anterior se repiten similarmente en el libro de ejercicios:

“Tú

piensas que se te está destruyendo, sin embargo, se te está salvando”  
(Lpl.93.4:4). El ego nos haría creer que nuestra angustia presagia  
nuestra

destrucción, pero de hecho señala el camino hacia nuestra salvación.

Solo

tenemos que seguir el alegre camino del perdón por el que somos  
conducidos, con todos nuestros hermanos:

(V.9) Eres muy inexperto en lo que respecta a la salvación, y crees que  
has perdido el rumbo. Lo que has perdido es tu manera de alcanzar la  
salvación, pero no pienses que eso es una pérdida. En tu inexperiencia,  
recuerda que tu hermano y tú habéis comenzado de nuevo juntos.

Dale

la mano, y caminad el uno al lado del otro por una senda que os es  
más

familiar de lo que ahora creéis. ¿No es acaso inevitable que recuerdes  
un objetivo que nunca ha cambiado ni cambiará jamás? Pues has  
elegido el objetivo de Dios, del que tu verdadera intención nunca  
estuvo

ausente.

A pesar de la esperanza que estas palabras prometen, es tentador  
tomar un

camino diferente y encontrar fallas con el compañero especial que  
antes

perdonábamos. A pesar de las muchas formas en las que el ataque  
está

oculto, todavía podemos aprender a estar al tanto de la relación,  
mientras

que otra parte de nuestras mentes sienten la tentación de elegir el  
especialismo. Cuando nos encontramos buscando peleas, con extraños  
o

íntimos, estamos intentando mantener alejado el amor y la paz que  
solo una

semana, un día o unos minutos antes elegimos. Se nos asegura que, al  
final,

el miedo del ego a las implicaciones de esta elección de la  
mentalidad correcta, no será lo suficientemente fuerte como para  
disuadirnos de tomar

la decisión en favor de Dios, porque podemos cuestionar seriamente la

mentira de que sin ira desapareceremos. En algún lugar dentro de nosotros sabemos que, sin nuestros resentimientos, es el ego el que desaparecerá. De hecho, “el desenlace final es tan inevitable como Dios” (T-2.III.3:10); nuestras mentes ya han elegido hacer el viaje de regreso a Aquel que nunca abandonamos.

(V.13) Has recibido el instante santo, pero tal vez has dado lugar a una condición que te impide utilizarlo. Como resultado de ello, no te das cuenta de que aún sigue contigo. Al haberte separado de su expresión, te has negado a ti mismo su beneficio. Cada vez que atacas a tu hermano refuerzas esto, pues el ataque impide que te veas a ti mismo. Y es imposible que te niegues a ti mismo, y al mismo tiempo puedas reconocer lo que se te ha dado y lo que has recibido.

Jesús se refiere a nuestra mente dividida: la Expiación de la mentalidad correcta, el hogar donde el instante santo está para siempre presente, aunque oculto por el sistema de pensamiento de separación de la mentalidad errada,

el hogar del especialismo y la condición de culpa y ataque que nos impide

recordar el amor que tenemos y somos. Implícito en el pasaje anterior está

la necesidad de que nuestro contenido se refleje en la forma, siendo consistentes en nuestro comportamiento y pensamientos. No solo debemos

decir que queremos la paz de Dios, debemos darles significado a nuestras

palabras (L-pl.185.1:1-2). Reflejamos el compromiso con el objetivo de la

paz al convertirnos en cada vez más intolerantes con nuestro descuido de

los medios que nos ayudarían a lograrla. Estar atento contra sostener y justificar los pensamientos de ataque nos permitirá deshacer las condiciones

de juicio del ego que nubla el recuerdo del instante santo, la puerta por la

que debemos pasar hacia nuestro regreso a casa.

(V.15) A medida que empieces a reconocer y a aceptar los regalos que

tan desprendidamente has dado a tu hermano, empezarás a aceptar asimismo los efectos del instante santo y a usarlos para corregir todos tus errores y liberarte de sus resultados. Y al aprender esto, habrás aprendido también cómo liberar a toda la Filiación, y cómo ofrecérsela con alegría y gratitud a Aquel que te dio tu liberación y que desea extenderla a través de ti.

"Toda la Filiación" refleja otro tema importante de nuestra sinfonía: no podemos perdonar a una persona sin incluir a todas las personas.

Creer que

podríamos perdonar a alguien y aun así tener justificación para sostener

resentimientos contra otro individuo o grupo es un error que busca convertir

la total-inclusividad de una relación santa en una relación especial y exclusiva. Jesús nos enseña que, o toda la Filiación se ve en la luz, o no se

ve a nadie. A medida que retiramos los velos de oscuridad que le hemos

puesto a una persona, lo hacemos para todos – sin excepción, las dos palabras de salvación que anuncian el fin del sistema de pensamiento de

especialismo del ego. Liberado por el perdón, el Amor del Espíritu Santo se

extiende a través de nosotros para bendecir a los miembros fragmentados de

la Filiación que han olvidado su Fuente y su Ser.

(VIII.1) El instante santo no es más que un caso especial, un ejemplo extremo, de lo que toda situación debería ser. El significado que el propósito del Espíritu Santo le ha dado al instante santo, se le da también a toda situación. El instante santo suscita la misma suspensión

de falta de fe – que se rechaza y no se utiliza – para que la fe pueda responder a la llamada a la verdad. El instante santo es el ejemplo supremo, la demostración clara e inequívoca del significado de toda relación y de toda situación cuando se ven como un todo. La fe ha aceptado todos los aspectos de la situación, y la falta de fe no ha impuesto el que nada se vea excluido de ella. Es una situación de perfecta paz, debido simplemente a que la has dejado ser lo que es. Esto describe el sueño feliz del perdón cuando hemos elegido al Espíritu

Santo como nuestro Maestro en lugar del ego, poniendo nuestra fe en Su instante santo de intereses compartidos y retirando la falta de fe de nuestra elección previa por el instante no santo de intereses separados. Bajo Su gentil orientación, aprendemos a generalizar este nuevo propósito del perdón a todas las relaciones y situaciones, habiendo comprendido finalmente que todo problema tiene su raíz en la decisión de la mente por el ego, donde únicamente se puede deshacer. Nótese especialmente el uso recurrente de todo en el párrafo (¡cinco veces!), lo que subraya la necesidad de aplicar universalmente el Amor del Espíritu Santo a todas las situaciones y todas las relaciones. La paz, entonces, es el efecto inevitable de nuestra elección corregida y llena de fe, una paz que abraza la totalidad de la Filiación antes dividida y fragmentada. (VIII.2:1-6) Esta simple cortesía es todo lo que el Espíritu Santo te pide: que dejes que la verdad sea lo que es. No intervengas, no la ataques, ni interrumpas su llegada. Deja que envuelva cada situación y que te brinde paz. Ni siquiera se te pide que tengas fe, pues la verdad no pide nada. Déjala entrar, y ella invocará la fe que necesitas para gozar de paz, y se asegurará de que dispongas de ella. La "pequeña dosis de buena voluntad" se expresa en nuestra decisión de no dejar que el ego interfiera con nuestro inherente deseo por la verdad. No hacemos nada con la verdad, sino que nos apartamos de su camino. Este es el papel del milagro, el cual nos devuelve a la mente donde aprendemos a no tomarnos en serio la idea de que podríamos atacar al amor. Solo en sueños podría ser así, por lo tanto, simplemente necesitamos aceptar la verdad de que ya estamos despiertos en Dios, pero "soñando con el exilio" (T-10.I.2:1). Dado que el ego se fabricó haciendo - separándonos de la

unidad perfecta y negando su realidad, lo que requiere esfuerzo –  
manteniéndonos ocupados es cómo preservamos su existencia. Por lo  
tanto,  
el ego nos convence de que hay un problema (ya sea nuestro o de  
otro), que  
exige que reaccionemos a él. Sin embargo, responder al ego de  
cualquier  
manera solo lo hace real en nuestra experiencia, fortaleciendo nuestra  
fe en  
él. Es por eso que no necesitamos hacer nada con el ego, sino  
reconocer la  
verdad y recordar reírnos de la tontería de su diminuta y alocada idea  
de  
separación. En esta suave risa, la paz es restaurada a toda la Filiación,  
ya  
que el sueño de la falta de fe se disuelve en su propia nada.  
(VIII.3:1-6) ¿No desearías hacer de toda situación un instante santo?  
Pues tal es el regalo de la fe, que se da libremente dondequiera que la  
falta de fe se deja a un lado sin usar. El poder del propósito del Espíritu  
Santo puede usarse entonces en su lugar. Este poder transforma  
instantáneamente todas las situaciones en el único medio, seguro y  
continuo, de establecer su propósito y de demostrar su realidad. Lo  
que  
se ha demostrado ha requerido fe, y ésta ha sido concedida. Ahora se  
convierte en un hecho, del que ya no se puede retirar la fe.  
Ésta es la pregunta perenne de Jesús para nosotros, sus hermanos  
menores:  
"¿Por qué, puesto que el perdón te hará verdaderamente feliz, eliges  
negar  
el hecho de que tu fe en el instante santo del Espíritu Santo esta  
siempre  
justificada? Permítanse sentir el gozo de aceptar Su propósito cuando  
lo  
apliquen a todas y cada una de las situaciones que enfrentan, sin  
excluir a  
ninguna de ellas de Su amor sanador. Tus días se convertirán en  
verdaderamente significativos, cumpliendo tu función en la tierra  
mientras  
te despiertas suavemente a tu función Celestial de creación, unida al  
Creador de toda la creación. Vengan, hijos míos, pongan su fe en mi



enseñanza y únanse a mí en un instante santo y compartan mi paz". A pesar de que solo los locos podrían resistir tal súplica de felicidad, nuestro miedo al amor hace que seguir el llamado de Jesús a perdonar sea

difícil, si no imposible. En consecuencia, nos negamos a escuchar: (VIII.3:7-4:6) La tensión que conlleva negarle la fe a la verdad es enorme y mucho mayor de lo que te imaginas. Pero responder a la verdad con fe no entraña tensión alguna.

Para ti, que has respondido a la Llamada de tu Redentor, la tensión que conlleva no responder a Su Llamada parece ser mayor que antes. Pero no es así. La resistencia siempre estuvo ahí, pero se la atribuías a otra cosa, creyendo que era esa "otra cosa" la que la producía. Mas eso nunca fue verdad. Pues lo que esa "otra cosa" producía era pesar y depresión, enfermedad y dolor, tinieblas y vagas imaginaciones de terror, escalofrantes fantasías de miedo y abrasadores sueños infernales. Y todo ello no era más que la intolerable tensión que se producía al negarte a depositar tu fe en la verdad y a ver su evidente realidad.

La parte de nuestra mente que se identifica con el ego se resiste amargamente a poner nuestra fe en la verdad, pero cuando nos negamos a

escuchar el llamado a "despertar y regocijarnos" (T-5.II.10:5), experimentamos tensión y malestar. A pesar de las historias del ego, este

sufrimiento no se debe a causas externas. Toda inquietud surge cuando nos

resistimos a la verdad en nombre de las ilusiones. Esta resistencia – proveniente de nuestra identificación con el ego, la otra cosa – es la verdadera causa del dolor, no algo del cuerpo o del mundo. Es importante

que entendamos que el proceso de curación es difícil y doloroso solo porque tememos a la meta de la verdad. No puede haber nada estresante en

elegir contra la ilusión, a menos que creamos en las mentiras y nos identifiquemos con el mito del ego de la separación y la individualidad.

(VIII.5) Tal fue la crucifixión del Hijo de Dios. Su falta de fe le ocasionó todo eso. Piénsalo muy bien antes de permitirte usar tu falta de fe contra él. Pues él ha resucitado, y tú has aceptado la Causa de su despertar como tu propia causa. Has asumido el papel que te

corresponde en su redención, y ahora eres completamente responsable

por él. No le falles ahora, pues te ha sido dado comprender lo que tu falta de fe en él te ocasiona. Su salvación es tu único propósito. Ve sólo esto en toda situación, y cada una de ellas se convertirá en un medio de

brindarte sólo eso.

Cuando nos tomamos en serio la diminuta y alocada idea de la separación,

creímos que habíamos crucificado al Hijo de Dios, la fuente de todos los

pensamientos de ataque posteriores, sin mencionar la base del mito Cristiano. Pero cuando nos unimos a Jesús y su dulce sonrisa recordamos la

resurrección que es el despertar del sueño de la muerte (M-28.1:1-2), y

volvemos con gozo desde nuestra loca estancia en la falta de fe a la fe que

es la salvación del Hijo de Dios. Esto no significa que seamos responsables

de las elecciones de mentalidad-errada de otras personas, porque eso negaría el poder de sus propias mentes para elegir la salvación. Más bien,

Jesús está recordándonos que, dado que todas las mentes están unidas,

nuestras elecciones refuerzan la elección por el ego o por el Espíritu Santo

que otros también pueden hacer. Solo así podremos ser verdaderos salvadores los unos de los otros.

Al seguir las enseñanzas de Jesús, se restaura el significado de nuestras

vidas mientras aún dormimos. Cada evento ahora se percibe a través de los

ojos del perdón, donde aprendemos que no tomar el ego de otro en serio es

el medio para recordar reírnos del nuestro. ¿Qué poder puede tener la falta

de fe sobre la capacidad del Hijo de poner su fe en la verdad? El Hijo de

Dios es redimido como uno, porque él es, tal como siempre fue y será para siempre: el sueño de la crucifixión no tuvo ningún efecto en su realidad. El mundo real es introducido con esta comprensión. El mundo real La hermosa sección a la que ahora nos dirigimos, "El mundo perdonado", tiene un paralelo con "El lugar que el pecado dejó vacante" (T-26.IV). El lugar que el pecado dejó vacante es el mundo real, sinónimo del mundo perdonado. Comenzamos con el párrafo de apertura: (II.1) ¡Imagínate cuán hermosos te parecerán todos aquellos a quienes hayas perdonado! En ninguna fantasía habrás visto nunca nada tan bello. Nada de lo que ves aquí, ya sea en sueños o despierto, puede compararse con semejante belleza. Y no habrá nada que valores tanto como esto ni nada que tengas en tanta estima. Nada que recuerdes que en alguna ocasión te brindó ni una mínima parte de la felicidad que esta visión ha de brindarte. Pues gracias a ella podrás ver al Hijo de Dios. Contemplarás la belleza que el Espíritu Santo adora contemplar, y por la que le da gracias al Padre. Él fue creado para ver esto por ti hasta que tú aprendas a verlo por tu cuenta. Y todas Sus enseñanzas conducen a esta visión y a dar gracias con Él. Es útil pensar en los dos cuadros. Sobre la imagen del pasaje anterior, Jesús está diciendo: "Esta es la verdadera belleza, felicidad y alegría; y nada en el mundo del especialismo te la ha ofrecido, o algo con lo que alguna vez hayas fantaseado, puede acercarse a esto". No obstante, hemos hecho que el mundo del especialismo sea muy atractivo, significativo e incluso santo para nosotros, y que sea difícil ver el cuadro del ego dentro del marco. Jesús nos instruye que el brillo deslumbrante no es lo que parece. Sosteniendo ambos cuadros, él dice: "Mira lo que te ofrezco". Sin embargo, respondemos con un "Sí, pero ...": "Sí, eso es muy agradable, pero nuestro especialismo es aún más deseable para nosotros". Olvidamos que es el

cuerpo el que nos dice esto, porque el ego instruyó al cerebro para que interprete los datos sensoriales a su manera y así concluir que el mundo es

maravilloso en su belleza.

En otras palabras, ninguna experiencia del ego puede aproximarse a la percepción del mundo real. Esto no tiene nada que ver con los ojos del cuerpo, sino solo con el amor dentro de la mente. Las líneas inmortales de

William Blake de "El Evangelio Eterno" son un recordatorio apropiado para

no creer las mentiras del ego:

Las tenues ventanas del alma de esta vida

Distorsionan los cielos de polo a polo

Y te llevan a creer una mentira

Cuando ves con el ojo, y no a través de él.

El amor que hemos hecho realidad en nuestro interior se extiende a través

de nosotros tal como lo percibimos en el mundo, no en la forma, sino a través del contenido de la visión interior de la mente correcta. Las visiones

impermanentes que ven los ojos del cuerpo se vuelven irrelevantes porque

el amor y la belleza de la mente, siempre presentes, nos han traído una paz

duradera y felicidad. Nuestros corazones cantan con alegría mientras las

distorsiones del Cielo por parte del ego dan paso suavemente a la maravillosa belleza que es nuestra herencia natural.

(II.2:1-3) Esta belleza no es una fantasía. Es el mundo real, resplandeciente, puro y nuevo, en el que todo refulge bajo la luz del sol.

No hay nada oculto aquí, pues todo ha sido perdonado y ya no quedan fantasías que oculten la verdad.

Esta radiante apertura contrasta con el ocultamiento del sistema de pensamiento del ego que oculta la culpa tras el mundo, y el resplandor del

Amor de Dios tras la culpa. Tal como nuestra gloriosa sinfonía concluye:

“Ya no se le otorga fe a ninguna ilusión, y ni queda una sola mota de

obscuridad que pudiese ocultarle a nadie la faz de Cristo" (T-31.VIII.12:5).

Hemos decidido mantenernos alerta solo en favor de Dios y de Su Reino (T6.V-C), no permitiendo que ni un solo pensamiento o sentimiento del ego permanezca en nuestras santas e inocentes mentes. Cada uno será mirado y elegido en su contra a medida que aceleramos hacia el final del viaje por el camino por el que el perdón nos lleva felizmente, seguros de que alcanzaremos nuestra meta del mundo real, cuyos hermosos prados se encuentran justo delante de las puertas que se abren para recibir al Hijo de

Dios de su regreso a su hogar.

(II.2:4-6) El puente entre ese mundo y éste es tan corto y tan fácil de cruzar, que nunca te hubieses podido imaginar que fuese el punto de encuentro de mundos tan dispares. Mas ese corto puente es la cosa más

poderosa conectada a este mundo. Este ínfimo paso, tan pequeño que ni

siquiera has reparado en él, es un salto que te lleva a través del tiempo

hasta la eternidad, y te conduce más allá de toda fealdad hacia una belleza que te subyugará y que nunca dejará de maravillarte con su perfección.

Este es el puente hacia el mundo real que discutimos en el capítulo anterior.

Desde la perspectiva del mundo, de este lado del puente, su fuerza silenciosa parece ser eclipsada por el "poderío" del ego, pero en verdad el

puente está sostenido por el poder de Dios. Mientras cruzamos hacia nuestra vida eterna, sostenidos por los gentiles brazos del milagro, es inconcebible que alguna vez pudiéramos haber confundido los frágiles velos ilusorios del ego con sólidos muros de pecado, ni que podríamos haber fallado en reconocer la maravillosa y bella luz de la verdad que para

siempre brilla detrás de las nubes de culpa del ego.

(II.3) Este paso, el más corto que jamás hayas dado, sigue siendo el mayor logro en el plan de Dios para la Expiación. Todo lo demás se

aprende, pero esto es algo que se nos da, y que es completo en sí mismo

y absolutamente perfecto. Nadie, excepto Aquel que planeó la salvación, podría completarlo tan perfectamente. El mundo real, en toda su belleza, es algo que se aprende a alcanzar. Todas las fantasías se

desvanecen y nada ni nadie continúa siendo prisionero de ellas, y gracias a tu propio perdón ahora puedes ver. Lo que ves, sin embargo, es únicamente lo que inventaste, excepto que ahora la bendición de tu perdón descansa sobre ello. Y con esta última bendición que el Hijo de Dios se da a sí mismo, la percepción real, nacida de la nueva perspectiva que ha aprendido, habrá cumplido su propósito.

Un Curso de Milagros nos enseña el perdón, el medio para alcanzar y cruzar el puente hacia el mundo real. Como la experiencia en sí está más

allá de lo que se puede aprender, se nos enseña a mirar a través de la visión

bondadosa del milagro en el mundo especial que fabricamos, recordando

que somos el soñador del sueño y no su figura principal. Nuestra percepción

se limpia del amargo pasado, haciendo espacio para la visión final que bendice a todos los Hijos de Dios, abrazándolos en su unidad sanadora. Habiendo servido a su santo propósito, la percepción ahora no tiene sentido

y suavemente da paso a la luz del conocimiento:

(II.4:1-5:1) Las estrellas se desvanecerán en la luz, y el sol que iluminó al mundo para que su belleza se pudiese apreciar desaparecerá. La percepción no tendrá razón de ser cuando haya sido perfeccionada, pues nada que haya sido utilizado para el aprendizaje tendrá función alguna. Nada cambiará jamás; y las fluctuaciones y los matices, así como las diferencias y contrastes que hacían que la percepción fuese posible cesarán. La percepción del mundo real será tan fugaz que apenas tendrás tiempo de dar gracias a Dios por él. Pues una vez que hayas alcanzado el mundo real y estés listo para recibir a Dios, Él dará de inmediato el último paso.

El mundo real se alcanza simplemente mediante el completo perdón del

viejo mundo, aquel que contemplas sin perdonar.

Una vez más, este proceso de curación no tiene nada que ver con el mundo que ven nuestros ojos, sino solo con el sistema de pensamiento que elegimos. El perdón limpia el mundo de sufrimiento y pérdida del ego: la fea tríada de separación, diferencias y pecado, y el mundo de especialismo que surgió de ella. Todo lo que queda es la única chispa de belleza del mundo real, que rápidamente se transforma en el Gran Rayo de Cristo, la santa luz donde todas las divisiones desaparecen. Recuerda que el "último paso" es una metáfora para expresar el final del sueño y el regreso a la cordura. Dado que el camino de la dualidad a la no-dualidad es tan ilusorio como era el camino que nos alejaba del Cielo – los sueños de separación no pueden tener ningún efecto sobre la unidad – Dios no sabe nada al respecto. Su "último paso" es simplemente la consumación final de nuestro perdón, donde los ojos una vez dormidos ahora se abren alegremente de par en par: y por fin podemos ver. Por fin podemos ver (M-19.5:12-13) (II.6) Esta belleza brotará para bendecir todo cuanto veas, conforme contemples al mundo con los ojos del perdón. Pues el perdón transforma literalmente la visión, y te permite ver el mundo real alzarse por encima del caos y envolverlo dulce y calladamente, eliminando todas las ilusiones que habían tergiversado tu percepción y que la mantenían anclada al pasado. La hoja más insignificante se convierte en algo maravilloso, y las briznas de hierba en símbolos de la perfección de Dios. Jesús no es un panteísta, porque no está hablando de ver literalmente a Dios en una brizna de hierba o en una hoja, sino que habla de nuestra visión interior. No importa cuán trivial, pequeño o feo sea lo que veamos, o cuán significativo y hermoso sea, el perdón percibe todo igual. De hecho, el mundo que vemos debe verse hermoso porque lo vemos desde el amor y la

belleza interior: la proyección da lugar a la percepción. A través de nuestra fe en la enseñanza del Espíritu Santo, el perdón cierra la brecha entre la ilusión y la verdad, entre la percepción y el conocimiento, y nos lleva a través del mundo del tiempo para encontrarnos con nuestro Dios: (II.7) Desde el mundo perdonado el Hijo de Dios es elevado fácilmente hasta su hogar. Y una vez en él sabrá que siempre había descansado allí en paz. Incluso la salvación se convertirá en un sueño y desaparecerá de su mente. Pues la salvación es el final de los sueños, y dejará de tener sentido cuando el sueño finalice. ¿Y quién, una vez despierto en el Cielo, podría soñar que aún pueda haber necesidad de salvación? Al pasar del tiempo a la eternidad, nuestros ojos limpios solo contemplan la verdad. El sueño se disuelve suavemente y olvidamos "el dolor y la miseria que una vez [vimos]" (T-31.VIII.8:4), e incluso a la Voz que nos guio. Atrás quedaron el ego y el Espíritu Santo por igual, porque no queda nada para sanar o ser sanado. Dios ha venido a reclamar lo que es Suyo. El perdón se ha consumado (C-4.6:9-10).

El final de "Los dos cuadros" continúa con esta hermosa visión, que nos ayuda a concluir el décimo-séptimo movimiento de nuestra sinfonía. Los dos últimos párrafos de la sección hablan del instante santo lleno de luz que desaparece silenciosamente en la Luz de Dios. Recuerda, sin embargo, que la belleza de esta visión, el penúltimo paso de nuestro viaje, todavía nos aterroriza porque en la luz dejamos de existir. Como criaturas de la noche del ego, prosperamos en la oscuridad de la culpa y en las sombras del odio. Al mismo tiempo en que el mundo real nos atrae, y no queremos nada más



que cruzar el puente y desaparecer en el resplandor del Cielo, la otra parte

de nuestra mente teme la verdad porque es muy hermosa y pura.

Nuestro

viaje aún no ha terminado.

(IV.15-16) El cuadro de luz, en claro e inequívoco contraste, se transforma en lo que está más allá del cuadro. A medida que lo contemplas, te das cuenta de que no es un cuadro, sino una realidad.

No

se trata de una representación pictórica de un sistema de pensamiento,

sino que es el Pensamiento mismo. Lo que representa está ahí. El marco

se desvanece suavemente y brota en ti el recuerdo de Dios, ofreciéndote

toda la creación a cambio de tu insignificante cuadro, que no tenía ningún valor ni ningún significado.

A medida que Dios ascienda al lugar que le corresponde y tú asciendas al tuyo, volverás a entender el significado de las relaciones, y sabrás que es verdad. Ascendamos juntos hasta el Padre en paz, permitiendo que adquiera predominancia en nuestras mentes. Todo se nos dará al darle a Él el poder y la gloria, y al no conservar ninguna ilusión con respecto a dónde se encuentran éstos. Se encuentran en nosotros gracias a Su predominio. Lo que Él ha dado, es Suyo. Resplandece en cada parte de Él, así como en la totalidad. La realidad de tu relación con Él radica en la relación que tenemos unos con otros. El instante santo refulge por igual sobre todas las relaciones, pues en él todas las relaciones son una. En el instante santo sólo hay curación, ya completa y perfecta, pues Dios está en él, y donde Él está, sólo lo que es perfecto y

completo puede estar.

Pensamos en esta imagen y la comparamos con la imagen odiosa que hemos adorado. Nuestras mentes correctas no miran con juicio, sino que

formulan la pregunta: "¿Es esto realmente lo que quiero? ¿Deseo quedarme

con la imagen de la muerte ofrecida por mi especialismo, o quiero despertar

del sueño y volver a mi Fuente?" Además, debemos ser pacientes y amables

con nuestro yo temeroso porque así es como aprendemos a ser  
pacientes y  
amables con los demás. En tal bondad para con el Hijo de Dios se  
encuentra  
el Reino de los Cielos en la tierra. Sin embargo, la pregunta sigue  
siendo:  
"¿Realmente queremos este Reino en lugar del nuestro? ¿Con cuál  
poder y  
gloria nos deseamos identificar: con el de Dios o el del ego?" Jesús nos  
hace una pregunta en el cierre de nuestro capítulo:  
(II.8) ¿Cuánto deseas la salvación? Pues ella te dará el mundo real, el  
cual está esperando ansio-samente ese momento. Las ansias del  
Espíritu Santo por dártelo son tan intensas que Él no quisiera esperar,  
si bien espera pacientemente. Une Su paciencia a tu impaciencia para  
que tu encuentro con Él no se demore más. Ve gustosamente a  
encontrarte con tu Redentor, y con absoluta confianza abandona con Él  
este mundo y entra al mundo real de belleza y perdón.  
Nuestra honestidad con nosotros mismos determinará cuánto tiempo  
nos  
mantenemos esperando, cuánto tiempo elegimos permanecer en el  
infierno  
del especialismo, cuando podemos alcanzar el Espíritu Santo y caminar  
con  
Él, de la mano de toda la Filiación, desde la oscuridad de la culpa al  
mundo  
real de luz y amor. Como Jesús pregunta en otra parte, haciéndose eco  
del  
salmista:  
¿Hasta cuándo, santo Hijo de Dios, vas a seguir demorándote, hasta  
cuándo? (L-III.4.5:8)  
La pregunta aún espera nuestra respuesta.  
Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth  
Wapnick.  
Traducción al Español por Daniel Bezveselny  
Grupo de estudio en Telegram  
Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth  
Wapnick.